

MANUEL DE SANDOVAL

EL
ABOGADO
DEL DIABLO



BIBLIOTECA STUDIUM



A

EL ABOGADO DEL DIABLO

C. 1102542

L. 86998

EL ABOGADO DEL DIABLO

MANUEL DE SANDOVAL
CORRESPONDIENTE
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL ABOGADO DEL DIABLO



VALLADOLID
B. de Ferrari, 4 & 6

HABANA
Neptuno, 35 & 37



MANUEL DE SANDOVAL
CORRESPONDIENTE
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL ABOGADO

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.



Establecimiento tipográfico de la Viuda de Montero.-Valladolid

EL ABOGADO DEL DIABLO

Nadie ignora que así se llama usual y familiarmente al *Promotor de la Fe*, que es, según el Diccionario de la Academia, aquel «individuo de la Sagrada Congregación de Ritos, de la clase de consultores natos, que en las causas de beatificación y en las de canonización, tiene el deber de suscitar dudas y oponer objeciones, sin perjuicio de votar después en pro, con arreglo a su conciencia». Lo que sí ignoran muchos, o aparentan ignorar al menos, es que su misión debía extenderse á todos los órdenes de la vida, para evitar la santificación apresurada

o el culto vicioso de aquello que no ha sido bastante depurado por la razón y por la crítica.

Como es más fácil ser supersticioso que ser creyente, y como cada época tiene sus exageraciones y sus prejuicios, no hay que extrañar que en la nuestra se rinda una ciega adoración a lo que pomposamente llamamos *progreso y adelanto*, pues estamos tan seguros de que nuestra civilización es algo indiscutible y sagrado, que no concebimos que tenga, no ya los defectos de lo incompleto, sino aquellos que nacen de un vicio esencial e interno, de una especie de pecado original, que basta a hacer infecundos y estériles todos nuestros esfuerzos.

Algunos, cegados por esta superstición, han llegado a olvidar que los bienes de que disfrutamos son producto del trabajo y de la inteligencia de nuestros antepasados, y limitan su admiración al momento actual, desdeñando sistemáticamente cuanto ha sido, pues así como los griegos y los romanos daban el calificativo de bárbaros a los

extranjeros, con arreglo a un prejuicio que pudiéramos llamar geográfico, es decir, por razón de espacio, ellos, no menos intransigentes ni exclusivistas, fundándose en un prejuicio cronológico, o sea por razón de tiempo, denigran con el mismo calificativo a los hombres de otras edades, como si los hombres de hoy hubieran descubierto la panacea para los males de la humanidad, y la piedra filosofal capaz de convertir en reales y efectivos, o, mejor dicho, en constantes y sonantes, los sueños y los delirios de los alquimistas.

La sensación de inquietud y de marcha, que indudablemente se percibe y se advierte, nos hace creer que siempre avanzamos porque incesantemente nos movemos, olvidando que es más fácil alejarse del punto de partida que acercarse al punto de destino, y que la dirección tiene más importancia que la velocidad. Es indudable, por ejemplo, que para el progreso de la navegación fué más fecundo el descubrimiento de la brújula que el del vapor, y que éste hubiera

sido inútil y perjudicial sin aquella, en lo que a la náutica se refiere, pues es una verdad tan evidente como olvidada que, a mayorrapidez mayor desviación, cuando el rumbo es equivocado. Pues bien, figurémonos que el orden en que estos dos grandes inventos se realizaron se hubiera invertido, y que los hombres se hubiesen empeñado en navegar con la velocidad que el vapor permite, pero sin la seguridad que sólo la brújula ofrece..

Al principio los pasajeros inconscientes, asomándose a la borda hubieran visto con placer y orgullo cómo la hélice barrenaba las aguas, o cómo la proa, sin violencia ni esfuerzo, las cortaba y las dividía; pero al poco tiempo habrían conocido su error, al comprender que estaban perdidos en las soledades del mar donde no hay hitos ni señales. La luz de la estrella polar o el brillo de la Cruz del Sur hubieran bastado para guiar la nave de noche, como el sol de día, pero como no siempre el sol ni las constelaciones resplandecen, las tempestades hubieran sido más terribles

por nublar el cielo que por alborotar las olas.

Algo semejante es lo que nos ocurre por haber invertido los términos, y por marchar de un modo inconsciente y apresurado sin saber a dónde.

La irresistible tendencia al bien, que, aún torcida y descaminada, nos impulsa a pesar del interés bajo y grosero, triunfa alguna vez de la utopía y de la rutina, y hace que el progreso se realice, pero siempre de un modo inverso a como debía realizarse, y a como convenía que se realizara para estar seguros de que era el bien y no el mal el que en definitiva resultaba favorecido por nuestros descubrimientos y conquistas.

Mientras esto no ocurra, mientras no acertemos a hacer el *apeo* del edificio cuya grandeza y hermosura nos entusiasman, pero de cuya solidez y firmeza no estamos seguros, resultará desgraciadamente que, en medio del asombroso progreso material que nos rodea y de las poderosas fuerzas

acumuladas de que, si no individualmente, a lo menos colectivamente disponemos, seguiremos encontrándonos, como hoy nos encontramos, en una situación semejante a la de Robinsón, cuando, después de haber conseguido a fuerza de tiempo y de trabajo construir su barco, no pudo servirse de él porque carecía de medios para botarlo al agua. La construcción de aquel barco, aunque realizada por un solo hombre, había sido, en cierto modo, obra colectiva, porque en ella se acumularon el saber y la experiencia de muchas generaciones; lo admirable en Robinsón consistió en llevar a cabo sucesivamente y con ímprobo trabajo lo que de un modo simultáneo hubieran realizado muchos hombres en un astillero, mediante un trabajo relativamente pequeño; su error estuvo en olvidar, cegado por su impaciencia y su esperanza, que si el esfuerzo colectivo puede suplirse cuando puede fraccionarse y descomponerse en esfuerzos individuales, o sea, cuando el trabajo queda fecundo y perenne en la materia transfor-

mada, es insustituible cuando ha de consistir en una suma de esfuerzos sincrónicos en que la simultaneidad es indispensable. Si Robinsón, en vez de ser un hombre civilizado, hubiera sido un salvaje, no hubiese construido un buque, sino una canoa, menos resistente y menos segura, pero más fácil de ser lanzada al mar.

Diré de pasada que aunque la actual organización no tuviera más defecto que esta falta de acomodación y de armonía entre lo individual y lo colectivo, y la vaguedad con que hoy delimitamos y distinguimos las esferas de acción que a una y a otra clase de actividad corresponden, sería lo bastante para que negásemos nuestro aplauso incondicional y nuestro entusiasmo ferviente a la época en que vivimos, pues la división del trabajo, que tantas maravillas y tantos males ha causado, no ha sabido determinar las funciones colectivas y las individuales; y así, roto el equilibrio, nos encontramos con que mientras para realizar una obra buena necesitamos el concurso de

muchos, para la destrucción nos basta y nos sobra con nuestras débiles fuerzas que adquieren una espantosa y formidable eficacia no sospechada siquiera hasta ahora.

Mientras consideramos el mundo como un espectáculo, como una exposición o como un Museo, todo nos parece admirable, y lo es sin duda. La personalidad humana, desplegando toda su majestad y todo su poderío y enseñoreándose de la tierra, del mar y del aire, nos llena, con razón, de orgullo y de alegría, y nos quedamos extáticos al contemplar con la imaginación el aeroplano que, al cruzar sobre la Basílica de San Pedro, recibe la bendición del Pontífice, aquella bendición que, según Rostand, descendía antes sobre las muchedumbres prosternadas, y que entonces por la primera vez subió hacia el cielo, libre y victoriosamente surcado por la inteligencia, por el trabajo y por el heroísmo del hombre.

No es posible desconocer la grandeza de todo esto, pero tampoco puede negarse que, en medio de ella, conocemos y sentimos sus

imperfecciones, y nos damos cuenta de que estas imperfecciones nacen, no de algo accidental, pasajero y fácilmente remediable, sino de algo esencial y permanente, de un vicio de origen, de una falta de orientación, de una absoluta carencia de principios, y, si somos sinceros, tendremos que declarar que nuestros males no consisten en lo que nos falta que andar, sino en que hemos equivocado el camino.

Nuestra civilización es como una inmensa obra de arte, que pasma y asombra como una escultura, mientras no le pedimos lo que no tiene: vida y alma. Se echa de menos el Miguel Angel que la golpee gritando: «¡Habla!» y más aún el Pígmalcón que la anime, como animó la estatua insensible de Galatea.

Poseemos la forma, pero nos falta el espíritu que la vivifique; sabemos lo que nos interesa saber como curiosos, pero no lo que nos importa como hombres. El análisis espectral nos enseña cuáles son los elementos que entran en la composición

de Sirio, pero no hay análisis que nos diga cuáles son los *elementos* de que nosotros mismos estamos compuestos, y, muchos de los que antes por la fe lo sabían, ahora lo dudan o lo olvidan. El verdadero problema, el único, el que nuestros antepasados habían resuelto, está en pié, sin que sepamos resolverle ni acertemos á suprimirle. La experiencia nos ha enseñado que la ilusión es un engaño, pero no nos ha enseñado a vivir sin el engaño de la ilusión.

Y como es imposible renovar este engaño, como en medio de nuestro orgullo conocemos, instintivamente al menos, el peligro que nos amenaza, nuestra inquietud es cada vez mayor, y, quizá porque en el fondo de nuestra conciencia comprendemos que el mal es irremediable, sobreponiéndose al buen juicio, a la prudencia y hasta al instinto de conservación, sólo nos mueve y nos domina el ansia de gozar apresuradamente

«De tout ce que déjà menacent les barbares,
De tout ce dont bientôt il ne restera rien».

como dijo más de veinte años ha el ilustre poeta francés antes citado, cuando sólo se conocían y se lamentaban los terribles atentados de los ácratas, pero cuando aún no podían imaginarse ni presentirse las atrocidades bufo-trágicas de las sufragistas.

Por eso los que no se dejan engañar por las palabras, y admiran de un modo consciente lo mucho que el progreso humano ha realizado y conseguido; los que ven con pena que aquellos que se titulan modestamente *apóstoles de la civilización*, se convierten en sus más encarnizados enemigos, pues en vez de la propaganda racional y pacífica, emplean procedimientos de terror, atávicos y *ancestrales*, como ahora dicen, tal vez acojan con benevolencia libros de la índole del presente, y vean con simpatía que alguien, en la medida de sus fuerzas, se opone a la incondicional apoteosis del momento actual, y desempeña el papel del *abogado del diablo*, no en nombre de la intolerancia ni del misoneismo, sino en nombre

de la verdad y de la justicia, y en defensa de esa civilización puesta en peligro por las obras de los que la enaltecen con sus palabras.

EL PRIVILEGIO Y LA EXCLUSIÓN

No puede negarse que el progreso, democratizando las comodidades, y poniéndolas al alcance de todas las fortunas, hace que cada día sea mayor el número de los que disfrutan de ellas; pero no puede negarse tampoco que ahora, más que nunca, crecen y se enconan la envidia y el odio de clases, que, neutralizando las indudables ventajas conseguidas, agravan la miseria de los de abajo y turban la *quieta y pacífica posesión* de los de arriba.

Mucho se habla de las causas que á esto contribuyen: de la falta de caridad y de la

falta de resignación; de que la democracia, al franquear a todos los hombres las puertas que antes permanecían cerradas, ha despertado en ellos una ambición insaciable y desmedida, origen de amargas y decepciones; de que la separación y el alejamiento motivados por el absentismo, hacen imposible todo trato y toda comunicación entre los pobres y los ricos, y engendran el recelo y la desconfianza..... Sin duda estas causas, y otras semejantes que se enumeran y se estudian, existen realmente y producen en parte el efecto que lamentamos; pero ¿no existirá otra causa más honda, aunque menos susceptible de que los hombres de partido, siempre intransigentes y apasionados, la conviertan en argumento para defender sus teorías?

La pasión nos hace descubrir fácilmente la causa de los males que sufrimos, cuando otros tienen la culpa de ellos, y nos damos por satisfechos con una explicación superficial de las cosas, cuando esta explicación puede ser lanzada como anatema sobre los

contrarios, porque, en la generalidad de los casos, todos buscamos más bien armas que verdades, creyendo que es mejor, y sobre todo más productivo, vencer que convencer.

Frecuentemente olvidamos que los males que nos afligen, son producidos no por la voluntad de los hombres, sino por la fuerza de la necesidad, que hace que cada ventaja esté compensada por un inconveniente, y que a cada excelencia corresponda un defecto. El mal a que me refiero es, sin duda, de esos males que pudiéramos llamar complementarios, y que se agravan a medida que se extiende el bien que condicionan.

Valiéndome de un ejemplo, trataré de explicar cuál es, a mi juicio, la causa principal del mal a que me refiero.

Hace algún tiempo, en los ferrocarriles no llevaban caloríferos más que los coches de primera. El calorífero era un *privilegio* del que sólo disfrutaban los viajeros de primera clase, y del cual no participaban ni mucho ni poco los viajeros de segunda ni los de tercera.

Hoy los coches de segunda llevan caloríferos también, y los que viajan en tercera siguen sufriendo el frío lo mismo que antes. ¹

No puede negarse que, si antes eran ciento los que podían viajar con los pies calientes, hoy son doscientos, y que, por lo tanto, se ha conseguido una mejora positiva, indudable.

El privilegio ha desaparecido.

Pero al desaparecer *la excepción en favor*, ha aparecido *la excepción en contra*.

Se comprende, pues, que el que va en tercera, aunque sienta el mismo frío que antes, lo sufra con menos resignación, porque si el *privilegio* irrita y molesta, aún molesta e irrita más la *exclusión*, pues siempre será verdadero el refrán que dice: *Mal de muchos consuelo de todos, y no de tontos*, como algunos han dado en decir, sin razón ni fundamento.

De modo que los caloríferos en los coches de segunda, que han beneficiado, claro está,

1 Así ocurría cuando se escribió este artículo.

a los viajeros de esta clase, han hecho que en los coches de tercera parezca ahora más intolerable el frío..... y que en los de primera sea menos agradable el calor, *digan lo que quieran los termómetros.*

Como por las cosas pequeñas se explican y se conocen las grandes, por esto que acabo de decir se puede comprender lo mucho que se ha agravado la situación de los que nada tienen, precisamente por el desarrollo y la difusión del bienestar, pues el que es, o cree ser, víctima de una excepción en contra suya; el que se ve excluido, no por la ley, sino por la realidad, que tiene más fuerza que todas las leyes, del disfrute de aquellos goces que muchos consiguen; el que sigue sufriendo un mal que va dejando de ser mal para la generalidad, padece con la privación una pena doble, y, como *Segismundo*, envidia al arroyo que corre, y al pez que nada, y al ave que vuela, y al bruto que sigue su instinto, y llama *exención principal y privilegio suave* a aquello de que todos naturalmente disfrutan.

Antes los pobres eran como los segundones, que envidiaban al mayorazgo—que era el hijo privilegiado;—hoy se parecen al hijo desheredado—que es el excluído,—que envidia a todos los hermanos que se reparten la fortuna del padre.

Por esto, no sin motivo, en vez de decir *las clases pobres*, decimos ahora *las clases desheredadas*, pues el seguro y certero instinto que origina los cambios en la significación y alcance de las palabras, ha hecho que a la gran transformación social que se elabora, responda una modificación en la manera de expresarnos.

Tan verdad es esto, que muchas palabras, siguiendo la suerte de los hombres han empeorado de condición, y nadie quiere aplicárselas. No existe hoy ningún padre que diga a su hijo, como *Pedro Crespo* al suyo:

«—Por la gracia de Dios, Juan,
Eres de linaje limpio
Como el sol, pero *villano*.»

Porque la palabra *villano*, que ha dejado de usarse para designar una clase social,

sólo se emplea despreciativamente y como insulto. La antigua jerarquía social, férrea e inflexible como la disciplina militar, se parecía a una escalera, cuya inclinación está en cierto modo suavizada por la huella de cada escalón, que da estabilidad, descanso y firmeza al que en él se apoya; la falsa igualdad de ahora se parece a una rampa, porque todos nuestros esfuerzos se han reducido a desgastar los escalones, pero no a suprimir la pendiente.

Los entorchados del general dan valor e importancia a las estrellas del jefe y del oficial, y éstas a los galones del sargento y del cabo, y todos, al someterse a una disciplina inquebrantable, lo hacen sin humillación y hasta con orgullo, porque en la autoridad del superior, a quien respetan, encuentran la razón de la autoridad que ejercen, y hasta el soldado raso, que no tiene a quien mandar, siente cierta *interior satisfacción*, porque el uniforme que viste le distingue de los paisanos.

Así, en la antigua jerarquía social cada

uno ocupaba su puesto y gozaba de sus exenciones y prerrogativas, estribando firmemente en el escalón que le correspondía; pero hoy, como la pendiente no está escalonada, y se hace cada vez más resbaladiza, en lugar de buscar en los de arriba la razón de nuestras distinciones, nos apoyamos en los de abajo para subir y para sostenernos; y como, al abolir los privilegios, se han suprimido sus ventajas, pero no su odiosidad, y como las diferencias sociales, que no están reconocidas ni aceptadas en teoría, requieren para conservarse en la práctica una lucha continua, se hace de ellas tan soberbia ostentación y tan orgulloso alarde, que poco á poco vamos desterrando de nuestras costumbres aquella sana y castiza democracia española, anterior a la proclamación de los *Derechos del Hombre*, que suavizó las asperezas de la vida y que, reflejándose en el arte, animó las escenas de nuestro Teatro clásico, mezclando los chistes de los graciosos con los delirios de los galanes, y sazónó con la eterna sal de la gracia imperece-

dera los coloquios del caballero andante y del fiel escudero, que mano a mano departían, haciendo más alegres sus esperanzas y más llevaderas sus desventuras.

La afabilidad, la llaneza y la cortesía, que, según decían nuestros antepasados, deben prodigarse porque nada cuestan, se van escatimando más y más cada día, como si la superioridad consistiese en la falta de agrado, y como si el honor que tributamos a los demás redundara en perjuicio nuestro. Yo he observado que cuando en un camino me encuentro con un hombre del pueblo, si es viejo, me saluda, pero si es joven, soy yo el que tiene que saludar primero, y que no siempre contesta, porque la nueva generación cree sin duda que la buena educación rebaja y deprime a los hombres, olvidando que *el sombrero y el dinero son los que hacen los amigos*, y que es bueno tenerlos *hasta en el infierno*.

Sería curioso el estudio de la doble corriente que hace que en España, a medida que las leyes son más democráticas, vayan

siendo menos democráticas las costumbres, porque, como vivimos de fórmulas vanas y de palabras huecas, creemos conseguir algo cuando conseguimos una de esas fórmulas o una de esas palabras que nada significan y nada valen por falta de substancia y de contenido.

Cuando una fiesta o un espectáculo cualquiera despierta la curiosidad o el interés del público, éste se agolpa ante el despacho de billetes, y los que consiguen el papelito que les asegura la localidad o la entrada, se quedan, por el momento, satisfechos y tranquilos. Pero ocurre muchas veces que el empresario, poco escrupuloso, ha despachado más entradas de las que realmente existen, porque es más fácil aumentar el billeteaje que ensanchar el local, y que, al empezarse la función, los que no encuentran sitio, aunque exhiban el billete en que consta su derecho, gritan y se desesperan, haciendo que el empresario se arrepienta, y que los que consiguieron colocarse, porque fueron más fuertes, más hábiles o

más previsores, no puedan gozar en calma de la fiesta, y griten y se desesperen también.

Así se explica que la fuerza, que se espiritualizó para hacerse derecho, se vuelva a manifestar brutalmente como tal fuerza, y produzca conmociones o trastornos pasajeros, y que de nuevo se espiritualice haciéndose astucia, y logre su fin, disimulada y encubierta, por medio de la adaptación y de la hipocresía.

Dijérase que la miseria se ha localizado, como un incendio o una epidemia, y que los males han ganado en intensidad lo que han perdido en extensión, como si el hombre impotente para suprimir el dolor, no lo fuera para distribuirlo entre sus semejantes, haciendo que la misma carga, que antes pesaba sobre muchos, al gravitar sobre pocos, se haga intolerable y abrumadora.

Lo que hace más grave el mal que lamento, es que la exclusión, que ha sustituido al privilegio, no afecta sólo al bienestar, sino a la personalidad de los hombres,

personalidad que cada día se exalta más, y que es más digna del respeto ajeno y del propio amor que la misma felicidad.

Se eugañan los que creen que sólo los intereses materiales mueven a los hombres, y que sólo su privación o su escasez los atormentan. Hoy más que nunca ambicionamos todos lo que *Clarín* llamaba *la alternancia*, en aquel precioso cuento titulado *La conversión de Chiripa*, y si ahora nos afanamos con más ansia y con más ahinco por acumular riquezas, es porque con ellas puede comprarse lo que antes no se compraba.

¿Quién había de decir a aquellos venerables legisladores que hace un siglo redactaban la primera Constitución española, que sus esfuerzos serían en gran parte estériles, y que por cada privilegio que abolían había de surgir una exclusión injusta y dolorosa?

Aquella especie de pirámide social, que ellos con razón quisieron destruir, porque representaba la opresión y el abuso, pero que, al fin y al cabo, se mantenía en equili-

brio estable, porque descansaba sobre su base, invertida hoy, y dando vueltas como una peonza, se sostiene sólo por la violencia vertiginosa de la rotación, y está muy lejos el día en que a su equilibrio inestable sustituya el equilibrio indiferente de la esfera hecha de materia homogénea, cuyo centro de gravedad y cuyo centro geométrico coinciden, haciendo de ella la imagen fiel de la igualdad perfecta y duradera.

Como esto no se ha conseguido ni quizá se procura conseguir sinceramente por nadie, todos los adelantos, todas las mejoras y todos los perfeccionamientos que la sociedad moderna ha logrado, están compensados por nuevos dolores, por nuevas privaciones y por nuevas penas, que parecen a los que las sufren, no *aflictivas* sino *infamantes*, porque los desgraciados no tienen ya la condición del *sudra*, sino la del *paria*, que sigue viviendo como hace siglos, privado de todo, pero que se ha enterado de que los que pertenecen a las cuatro castas sagradas, no proceden de Brahama, como antes creía.

La manía terapéutica que a muchos perturba, me exigirá que proponga el remedio después del diagnóstico. El remedio ha de nacer del mal, ya que éste corresponde a un bien indudable y positivo, y ha de encontrarse, no retrocediendo, sino avanzando, diciendo honrada y sinceramente la verdad a todos, y procurando que cada día sean menos los excluidos, hasta que se reduzca tanto y tanto su número, que de *excluidos* se conviertan, en cierto modo, en *privilegiados*, cuando llegue el día en que la humanidad, en vez de compadecerlos como *víctimas*, pueda admirarlos como *héroes* y venerarlos como *mártires*.

EL BUQUE DE MADERA



Al contemplar los magníficos acorazados modernos, que desafían los embates del mar y las descargas de los cañones, nadie se acuerda de las antiguas naves, cuya inferioridad es evidente; pero si sobreviene la borrasca y el buque naufraga, los que buscan su salvación, en medio del horror de la catástrofe, ven con desesperación que el buque de hierro se hunde, sin que ninguna de sus partes flote y pueda servir de asidero y de sostén, y entonces se piensa en las naves de madera, que en el puerto parecían despreciables, pero cuyos tablones, mástiles

y vergas flotaban, y ofrecían en el naufragio un apoyo y una esperanza.

Dijérase que toda la civilización moderna, que tanto nos enorgullece, está simbolizada en el buque de hierro, y que el buque de madera es la imagen de la antigua civilización, menos ostentosa y menos brillante, pero más sólida, más segura, y, sobre todo, más *humana*, es decir, más adaptada a las imperfecciones de nuestra naturaleza y a la limitación de nuestras facultades.

Los hombres de hoy no contamos con el peligro; creemos que todo nos pertenece, y que todo debe someterse a nuestro capricho; tenemos una fe ciega en nosotros mismos, y no creemos que pueden sobrevenir el siniestro o el naufragio. Parece que las ideas de riesgo y de muerte se han borrado de nuestro espíritu. Vivir, triunfar, llegar, es lo que anhelamos. A las fortunas en bienes *raices* que ofrecían á sus poseedores la firmeza y la estabilidad de la tierra, se sobreponen las fundadas en la especulación

y en el crédito, que de la noche a la mañana se deshacen, sin dejar, en la ruina total e irremediable, nada que sea lo que eran en el naufragio la verga tronchada o el mástil roto que flotaban sobre las aguas.

Hoy manejamos fuerzas cuyo alcance desconocemos. El proyectil del *maüsser* alcanza mucho más que la vista del que dispara, y el automóvil excede en rapidez a la voluntad del que le guía; herimos, no a nuestros enemigos que están cerca, sino a nuestros amigos que están lejos; atropellamos a los pacíficos peatones que atraviesan las calles o recorren los caminos, porque la inercia nos impide parar, y si paramos, somos nosotros los que nos estrellamos, por la inercia también. La palabra, reproducida mil y mil veces por la prensa, adquiere un poder y una eficacia superiores a nuestra intención y a nuestro pensamiento; sólo somos dueños de las fuerzas en el momento inicial; después, con una velocidad uniformemente acelerada, siguen su marcha como los graves en su caída; los

efectos son enormes y las causas insignificantes.

De aquí nacen inevitablemente dos males: o nos sentimos irresponsables, hasta el punto de que nada nos importe ni nos detenga, si somos *profesores de energía*, como ahora se dice, o, si somos conscientes, nos hacemos tímidos y circunspectos en demasía, y nuestra acción se anula y se paraliza.

El anuncio de la suspensión o de la interrupción de un servicio—comunicaciones, transportes, alumbrado, etc.—nos aterra, porque significa la paralización de la vida toda, porque en el complicado engranaje basta con que una rueda se detenga, para que toda la máquina quede inmóvil e inservible.

Y es que se da el contrasentido de que la actual organización, que no es perfecta ni mucho menos, necesita la perfección para funcionar y servir.

De todos los inventos y de todos los mecanismos que el progreso y la costumbre han llegado a hacer indispensables, y de

toda la organización de la sociedad, puede decirse lo que un famosísimo torero cordobés decía refiriéndose a los automóviles: «Yo voy en un coche con cuatro caballos: se inutiliza uno, pues sigo con los otros tres; pero si en un automóvil de sesenta caballos se *estropea* uno solo, los cincuenta y nueve restantes no me sirven para nada, y no tengo más remedio que quedarme en el camino».

Y en el camino nos quedaremos si una nueva fuerza desconocida no nos saca del atolladero en que más y más nos vemos metidos cada día.

Esta fuerza ha de ser el convencimiento de que la dirección es más importante que la velocidad, pues cuando marchamos por un camino que no es el que debemos seguir, no nos acercamos al punto de destino, pero nos alejamos del punto de partida, y nos será más difícil llegar y más penoso volver cuanto mayor sea la rapidez con que marchemos.

Tal vez el origen de todos o de casi todos

los males que hoy padecemos, está en que caminamos como el que huye y no como el que avanza, y que, en vez de subir para orientarnos como las palomas mensajeras, lo queremos hacer a ras del suelo, en medio de las pasiones y de los intereses, o de lo que nos interesa y nos apasiona, porque así lo quieren los que nos engañan y nos dominan, infundiendo en nuestras palabras y en nuestros actos la intransigencia, que nace principalmente de aceptar ideas ajenas, en vez de adquirirlas propias.

La lucha de partidos, de sectas y de clases en que vivimos, no nos deja ver los defectos del sistema que defendemos, ni los errores de las teorías que profesamos; es más: la oposición constante de nuestros adversarios, desarrolla en nosotros un amor irracional y morboso hacia todo lo que hay en nuestro ser de imperfecto y hacia todo lo que hay de erróneo en nuestras ideas, y el orgullo no nos deja creer que hemos vencido cuando no podemos imponer nuestras flaquezas y nuestros vicios a aquellos

que en la lucha o la discusión las descubrieron y las censuraron. Así, mientras en las especies naturales se perpetúan aquellas cualidades que sirven para la conservación, en los hombres afiliados sistemáticamente a un grupo, escuela o partido, tienden a perpetuarse los defectos y las imperfecciones, no sólo porque son más fáciles de imitar, sino también porque su reconocimiento y su enmienda implicarían una sumisión al contradictor, y una humillación ante el enemigo.

Mejor y más lógico sería pensar lo contrario; pero eso sería luchar por el triunfo de la razón total y absoluta, y eso no lo quiere ni lo querrá ninguna agrupación, sea la que sea, porque los hombres, desde el momento en que se unen, sólo quieren que triunfe la parte de razón o de justicia que su casta, su clase o su partido reclaman, y es difícil, casi imposible, que la razón esté toda de una parte, y que uno de los bandos la posea de un modo íntegro, completo e indivisible.

Siendo así ¿quién ha de prevenir los entorpecimientos, los tropiezos y las catástrofes que pueden sobrevenir, desacreditando el sistema preconizado y enaltecido como inmejorable y perfecto?

¿Quién ha de procurar que lo nuevo nazca del natural desenvolvimiento de lo antiguo, procurando no arrinconar ni destruir lo que existía y se había asimilado a la vida humana, satisfaciendo sus necesidades y haciéndola más alegre y más llevadera?

Una de las peores consecuencias de la lucha es que nos hace entender y practicar la solidaridad humana al contrario de como debe practicarse, es decir, por concentración y no por expansión.

En la paz nos sentimos solidarios de todos los hombres, a quienes consideramos como hermanos nuestros, y comprendemos que lo que a ellos nos une es lo que ellos y nosotros tenemos de bueno y de noble; pero en la lucha somos solidarios de los que combaten a nuestro lado, a los que estimamos como aliados y no queremos como hermanos, y, si

somos sinceros, confesaremos que no es el amor hacia ellos, sino el odio a los adversarios, lo que nos une.

Por eso, cuando conseguimos la victoria, que sólo por interés mezquino perseguimos, vuelve a estallar la lucha entre los vencedores, que no nos resignamos a ocupar los puestos secundarios, y que, temerosos de que los vencidos puedan rehacerse, destruimos todo lo que hicieron, bueno o malo, sin que, asediados por el miedo, la ambición y la envidia, nos quede tiempo, ni voluntad ni energía, más que para implantar a toda prisa nuestras reformas, contentándonos con la apariencia, y sin procurar la realidad y la verdad de lo que prometimos.

Pensadores insignes a quienes nadie puede tildar de reaccionarios—palabra que suele estar desprovista de sentido,—empiezan a vislumbrar el peligro que nos amenaza, y algunos políticos, más hábiles que consecuentes, se embarcan en buques de hierro, pero llevan a remolque el buque de madera para cuando el viento se enfurezca, y el mar

se encrespe, y la borrasca *suspenda las garantías*.

Les imprudents seuls démenagent sans avoir arrêté leur nouveau gîte, ha dicho Marcel Prévost, y hay que convenir en que como imprudentes hemos procedido, creando un organismo que se sostiene mientras se conserva íntegro y perfecto, pero que no resiste el menor contratiempo ni la más ligera avería.

El barco flota, pero sus partes se hunden. La forma podrá ser superior a la antigua: la materia es, sin duda, inferior, aunque sea más pesada, más dura y más costosa.

¡Y es tan fácil la disgregación cuando no existe un vínculo supremo de amor que una, blanda pero indisolublemente, a todos los hombres!

Lo que llaman los políticos *el programa mínimo*, difícil siempre de formular para un partido, sería hoy imposible de formular para una nación.

¿Cuál es la idea fundamental que todos los españoles aceptan?

A falta de ella, se quiere fundar la unidad en el interés, que no une ni puede unir a los hombres, sino que los separa, y que, si los une un momento, como es bajo y mezquino, y tiende a su centro, sometido a la gravedad, nos arrastrará a todos a un naufragio total, en el que serán pocos los que no perezcan; porque siempre son más los náufragos que los salvavidas, y porque el pánico y el aturdimiento son tan temibles como la catástrofe.



TICO BRAHE

Desde niños nos hemos acostumbrado a pronunciar su nombre con cierto tonillo despectivo, y a considerarle como representante de la componenda y del término medio. Su sistema, que no está fundado en la apariencia, como el de Ptolomeo, ni en la realidad como el de Copérnico, justifica el poco aprecio que hacemos de él y de su autor, porque, en teoría, todos buscamos afirmaciones categóricas, ideas extremas y situaciones definidas. Pero en la práctica diaria y baja de la vida, ya es otra cosa, y el bueno de Tico Brahe ha alcanza-

do, como gramático pardo y maestro de cucología, una importancia que basta a compensar la poca fortuna que alcanzó como cosmógrafo. El tiempo y la constante repetición de su nombre, hecha sin entusiasmo y sin cariño, le han convertido en un hombre representativo, dogmatizador de la secta de los *prudentes* y los *hábiles*, y si resucitase y viese cuán extendida y próspera se halla en el mundo su descendencia, no creería que su trabajo había sido estéril, pues, a falta de partidarios de su doctrina, encontraría por todas partes imitadores de su conducta.

Todos los conocemos, y abundan tanto, que puede afirmarse que, si no en apariencia, en realidad forman la mayoría, pues así como hay muchos que a solas, y *por sí acaso*, practican las supersticiones que en público desprecian, hay muchos también que en la vida se colocan siempre en la actitud que consideran más cómoda, y en el terreno que juzgan más seguro, y que no salen nunca de una prudente expec-

tativa, siempre indecisos, pero siempre cubiertos.

Educados en la astucia y en el disimulo, y dedicando a estudiar las flaquezas ajenas, el tiempo y el esfuerzo que otros dedican a formar y robustecer su personalidad y sus convicciones, saben que, en el mundo, la lucha, más que de principios, suele ser de intereses, y comprenden el verdadero motivo por el cual las ideas, aun siendo elevadas y profundas, tardan en ser admitidas por los hombres y en difundirse por todas partes, del mismo modo que Tico Brahe comprendió que la gran dificultad con que había luchado y luchaba el sistema de Copérnico, era el oponerse a la teoría *geocéntrica*, que tanto halagaba la vanidad humana, vanidad que ellos aprovechan, como él, fácilmente, porque saben que la soberbia y la ignorancia se dejan persuadir, cuando no se las contraría. El resultado suele ser inmediato, hoy más que nunca, pues como todo progresa y se perfecciona, los Tico Brahes no se dedican a poner de

acuerdo las ideas opuestas, en lo que está sujeto a demostración, como las ciencias exactas, sino en todo aquello que puede discutirse, y respecto de lo cual son imposibles la experimentación y la certeza.

Ellos inventaron el sistema de los precedentes, que todo lo justifican y para todo sirven, pues sólo se recuerdan y se siguen los que se ajustan a lo que se desea, y ellos descubrieron el infalible procedimiento de buscar una fórmula, que siempre se encuentra, porque las luchas y los antagonismos de los hombres suelen ser tan mezquinos, que se aquietan y se reducen en cuanto aparece, no una idea amplia que los armonice, sino un interés común que los estimule.

Ellos son los inventores de la extraña teoría de las dos clases de moral, una para ellos, los ilustrados, y otra para los ignorantes; son los que creen que las cosas, como los bastidores de los teatros, tienen dos caras: una pintada y otra sin pintar que el público no debe ver jamás, y si es posi-

ble, ni enterarse de que existe; son los que creen que las palabras tienen fuerza bastante para mover el mundo, aunque estén divorciadas de las ideas, y que hay y debe haber una separación radical entre la teoría y la práctica, lo privado y lo público, lo íntimo y lo solemne, la ciencia y la vida. Son los que para todo encuentran remedio y por nada se inquietan, porque, achicando y reduciendo el horizonte racional hasta hacerle coincidir con el horizonte sensible, convierten en cuestiones de tejas abajo todas las que dividen y desasosiegan a los hombres, y, sin darlo a entender, tratan de resolverlas con un criterio puramente práctico y utilitario, pues creen que las ideas y las convicciones deben dejarse a un lado, como bagaje inútil que embaraza y dificulta la marcha.

Según ellos, todo puede armonizarse y unirse, y como son incapaces de obtener una *combinación*, les basta conseguir una *mezcla*. Lo único que no ponen de acuerdo jamás, son sus aspiraciones con sus pala-

bras. Sin creer en nada, todo lo afirman, y siendo intransigentes en teoría, en la práctica transigen con todo. La herida cerrada en falso les asusta menos que la abierta, porque prefieren la gangrena que pudre los huesos a la sangre que mancha la piel.

Discípulos de lo pasado, aduladores de lo presente y despreciadores de lo porvenir, no tratan de construir obras duraderas, y sacrifican la solidez á la apariencia.

Fiando en la pereza intelectual de los más, que no se esfuerza en descubrir las ideas bajo el disfraz de las palabras, en la ignorancia, que desconoce su verdadero alcance, y en la vanidad, que se esponja con su sonido, surgen y pululan por todas partes, aparentando defender la verdad, cuando lo que defienden realmente es su medro, su reposo y su conveniencia.

En las luchas de lo antiguo con lo moderno suelen proponer el término medio de aceptar lo malo de los dos sistemas, no armonizando la teoría con la práctica, sino

tratando de unir la utopía con la rutina. En las luchas de clases saben hacerse cargo de la parte de envidia que se mezcla a las aspiraciones de los de abajo y de la parte de soberbia que se mezcla a la resistencia de los de arriba, y realizan el milagro que ha realizado la democracia moderna, haciendo generales los privilegios, y buscando la igualdad, no por la supresión radical y completa, sino por la generalización ridícula de la distinción, que de hecho la anula, a fuerza de desvirtuarla.

Como gustan más de la tregua que de la paz, y de la componenda que de la armonía, nunca resuelven una dificultad: la aplazan o la sustituyen con otra. Son partidarios no del perdón de las injurias ni de la venganza, sino del duelo a primera sangre. En las enfermedades, más que el mal, tratan de combatir los síntomas, y no les importa que la causa subsista, con tal de que puedan encubrirse los efectos.

Enemigos de toda exageración y de todo apasionamiento, no se alteran jamás, y a

falta de las verdaderas virtudes, practican ésas que pudieran llamarse virtudes sociales, que son su remedo y a veces su caricatura, pero que, por una especie de convenio tácito, pasan y se aceptan como buenas en una sociedad donde la tolerancia nace de la complicidad y del miedo, y donde las buenas maneras se estiman en más que las buenas acciones.

Obrando al revés que el avaro, que convierte en fin el dinero que sólo es medio, ellos convierten en medio lo que por su naturaleza sólo puede ser fin, y de todo hacen granjería y sacan provecho.

Su oficio en la vida se parece al de los casamenteros, pues siempre procuran unir lo que no puede unirse, lo que por su propia y mutua atracción no se busca. Algunas veces, como no conocen la naturaleza de los elementos que mezclan, son víctimas de la explosión que al juntarse producen, y sin pretenderlo, como el fraile de la leyenda, transforman el mundo, al descubrir la pólvora.

Pero, como estos casos no se repiten con la frecuencia necesaria para que sirvan de escarmiento, y como los componentes, aunque sean explosivos por naturaleza, suelen estar adulterados, el sistema sigue imperando con resultados positivos para los que lo practican, que viven y medran, y se llevan bien con todo el mundo, pues a nadie atacan y a todos dan la razón, como si la razón fuera algo que pudiera darse y repartirse, y como si ellos fuesen los amigables componedores, cuyo *laudo* debiera ser por todos aceptado y cumplido.

Este régimen produce cierta tranquilidad aparente, cierto equilibrio inestable, en que confían y descansan todos los que espiritual y materialmente *viven al día*, y con vivir se contentan, y tienen la tranquilidad o el cansancio del carretero que, tendido entre el toldo y la carga, duerme a pierna suelta, confiado en que las mulas seguirán andando, y en que, más tarde o más temprano, llegará a su destino.

Los que no están en esas condiciones no

pueden encontrar el sistema aceptable, y tienen que protestar y que rebelarse contra él, pidiendo hoy el anticipo del mañana, que desean todos los hombres sinceros, no contentándose con fórmulas ni componendas, y aspirando a que la verdad se enseñoree de la inteligencia, aunque la voluntad, interesada o asustadiza, quiera cerrarle el paso, porque saben que allí donde surja o aparezca, hay que tratar de difundirla y propagarla, sin desplantes, pero con firmeza, y sin esperar a estar enojados para decirla, que entonces, aunque sea creída por todos, no será confesada por nadie.

Hay un momento en toda controversia y en toda lucha, en que la victoria parece indecisa, y entonces es cuando la verdad puede empezar a imponerse, o cuando la componenda surge, haciendo que no se resuelva jamás el problema que la originó. Si entonces conseguimos fijar los términos y pronunciar el definitivo *¡Mojad las cuerdas!* la fuerza de la evidencia será tan grande, que todos la reconocerán asombrados, y

la dificultad se habrá vencido radical e instantáneamente. Si esto no ocurre—y ocurrirá pocas veces,—el tiempo embrollará el asunto, las complicaciones y rozamientos aumentarán, y algún Tico Brahe, más atento a los incidentes de la lucha que al problema que se debate, pondrá a todos de acuerdo... por el momento. Su intervención será alabada y agradecida por los contemporáneos, pero censurada por los venideros, y los niños de las escuelas se acostumbrarán a pronunciar su nombre con cierto tonillo despectivo, porque es más fácil lograr la fama que conseguir la gloria.

ANACRONISMO

El *dilettantismo* que Carlyle condenó con tanta razón como energía, y que es uno de los males más graves de la sociedad moderna, ha hecho que concedamos mucha importancia al anacronismo en las obras artísticas, y que no le demos importancia alguna en la vida, cuando de ella se enseñorea y en ella domina, hasta el punto de que no se libran de él ni nuestros actos, ni nuestros pensamientos, ni nuestras palabras.

La vida ha perdido su integridad y su espontaneidad; más que en lo presente quisiéramos vivir en lo porvenir o en lo pasado;

todos reconocemos que nuestros tiempos son de transformación, de crítica, de transición, y cada uno de nosotros se coloca en el momento histórico que más le agrada, y, como si tratase de elegir disfraz para un baile de trajes, acomoda sus ideas y sus sentimientos a una época determinada, y de ella no sale, suceda lo que suceda.

El mismo efecto, pintoresco sin duda, pero un tanto ridículo, que produce ver bailar acompasadamente al son de la música a una vestal con un hulano y a un mosquetero con una odalisca, producen las actuales discusiones y controversias entre los que creen pensar como se pensaba en el siglo XVI y los que presumen de ajustar sus ideas a lo que, según ellos, serán las ideas del siglo XXI, porque en la vida, como en el baile, no sólo se exhuma la indumentaria de los siglos pasados, sino que se exhiben *trajes de capricho*, como anuncio y anticipo de las modas futuras.

Desde el escritor *cursi-castizo* que se *planta* en la edad de oro, y no emplea, ni

por casualidad, una palabra moderna, hasta el *futurista* que habla y escribe teniendo su capricho por diccionario, y por gramática su audacia, se extiende una larga serie de atacados del mal reinante, que en todos los órdenes de la vida viven fuera del momento actual, y que, no por su traje, sino por su carácter y sus opiniones, se diferencian entre sí notablemente, hasta el punto de complicar las relaciones sociales, porque nos es imposible distinguir a primera vista a qué época pertenecen las personas con quienes nos encontramos.

En los tiempos pasados, cuando se trataba, por ejemplo, de construir un edificio, fuera templo, fortaleza o palacio, nadie discutía el estilo a que había de ajustarse: en el siglo XI era románico, y ojival en el siglo XIII; hoy no, porque a falta de estilo propio, actual, *nuestro*, nos vemos obligados a elegir entre los antiguos, o a intentar, caprichosa y fantásticamente, hacer, de un modo aislado e individual, lo que sólo colectivamente puede hacerse, fluctuando entre

la imitación y el delirio, y engañándonos a nosotros mismos al pretender que lo superficial imprima carácter a lo interno, o al creer posible expresar lo que no sentimos. Y no son los partidarios de lo antiguo los que únicamente padecen el mal que lamento y censuro, lo padecemos todos, porque, unos por resistirse a la evolución, creyéndola perjudicial siempre, y los otros por no ajustar los procedimientos a las ideas, han convertido la enfermedad en epidémica.

Y como el tiempo, más que el espacio, más que las diferencias sociales y más que todo, separa y aleja a los hombres, sus discrepancias son irreductibles, e interminables sus discusiones, porque no son las ideas actuales las que batallan, son el pasado y el porvenir los que pugnan en un combate de pesadilla, que es lucha, pero que no es encuentro.

Todos hemos olvidado que cualquier idea, para ser fecunda, ha de llevar en sí misma el germen de su propio desenvolvimiento, es decir, de su aparente transfor-

mación, y que, al aceptarla y difundirla, hemos de hacerlo de tal modo, que sea aplicable a la vida, y produzca en ella resultados beneficiosos.

Nada más disparatado que suponer que se respeta el espíritu de los antepasados por imitar sus trajes y sus costumbres, por aceptar sin examen sus ideas, o por conservar y seguir usando sus utensilios y sus muebles. Figurémonos que nuestro abuelo, hombre progresivo, fué el primero que usó el alumbrado por petróleo, y que nosotros, para honrar su memoria, seguimos utilizando la lámpara defectuosa que él utilizó, en vez de emplear la luz eléctrica. Será una necesidad, pues por lo accidental habremos olvidado lo esencial, y por la forma la idea. Nuestro antepasado inventó la lámpara de petróleo, no por amor al petróleo, sino por amor a la luz y por odio a la obscuridad. Es, por consiguiente; la luz, y no la lámpara, lo que debe ser sagrado para nosotros.

En este sentido, se dijo: *Nobleza obliga*, y no de otro modo hay que entenderlo.

Cuando un hombre cae muerto precisamente en la raya que separa los términos de dos pueblos, levanta el cadáver el juez del pueblo en cuyo término está la cabeza, y en su cementerio recibe sepultura, porque se presume que a ese pueblo se encaminaba cuando la muerte le sorprendió, y porque se respeta más la dirección que el origen, como expresión más segura de la voluntad.

Del mismo modo, lo que hay que respetar de nuestros mayores es el anhelo, porque en el anhelo, en la marcha, en la dirección, está expresada de un modo terminante y solemne su última voluntad.

Tradición no quiere decir petrificación, sino transmisión, entrega; y de la misma manera que nadie se contenta con dejar a sus hijos lo que heredó de sus padres, sino que procura sanearlo y acrecentarlo, así no debemos reducir nuestra ambición ni nuestro deseo a legar a los venideros lo que nos legaron nuestros mayores.

No brota la idea nueva al azar, como el germen que arraiga entre las ruinas,

sino en la tierra labrada y fecunda. Al arrojar confiados el trigo a los surcos, espere-
mos que de la próxima cosecha salga, ade-
más del pan que ha de nutrirnos, la semilla
de las cosechas futuras.

ADAPTACIÓN



ADAPTACIÓN

Procusto, que ajustaba a su lecho de tormento el cuerpo de sus víctimas, ningún mal hacía ni podía hacer a aquellos que, casual y precisamente, tenían las dimensiones de la horrible máquina como medida de su estatura. Estos eran y son los adaptados; los que ni en el lecho de Procusto padecen; los que todo lo encuentran fácil, hacedero y sencillo; los que realizan cuanto se proponen y logran cuanto intentan, porque saben someterse, no con la inútil y tardía sumisión de los vencidos, sino con la provechosa y anticipada sumisión de los hábiles.

La adaptación, que consiste en el voluntario y constante sacrificio de la personalidad al bienestar, basta para lograr en el mundo prosperidad, fama y riqueza, pues de ella, más aún que de la diligencia, puede decirse que es madre de la buena ventura.

Hay unos hombres, muy pocos, los genios, que logran dominar la naturaleza, y someter el mundo a su voluntad, consiguiendo la adaptación de lo objetivo a lo subjetivo. Son los únicos que hacen lo que quieren; los adaptados, no pudiendo llegar a esto, quieren lo que es, y son como los líquidos, que no tienen más forma que la de la vasija que los contiene.

A medida que la personalidad se amengua o se debilita, se hace mayor el número de los que se adaptan, porque son más los que llegan a persuadirse de que es más fácil someterse que imponerse. Sólo así se explica el triunfo de las medianías, que es uno de los caracteres distintivos de nuestra época, porque la personalidad suele ser

enemiga de la persona. La independencia de pensamiento, cuando no va unida a la independencia de carácter, es y será siempre un obstáculo insuperable, porque engendra la peor de las servidumbres: la de aquellos que comprenden su esclavitud y no tienen medios o valor para sacudirla. Entonces surge en el alma, no el anhelo que impulsa, sino el anhelo que postra, no el que se convierte en acción, sino el que se convierte en ensueño; entonces se acentúa cada vez más el divorcio entre el querer y el desear, porque el *exceso de alma* de que hablaba Campoamor, no encuentra empleo en el mundo, y se convierte en insoportable tormento.

Los que padecen esta dolencia, tan extendida en los tiempos actuales, ven con más desconsuelo que envidia que los que valen menos que ellos llegan y se imponen, porque se deforman o porque se arrastran, porque no son como bandera que el viento riza, sino como vela que se hincha con su soplo y convierte en fuerza motriz su vio-

lencia y su impulso. Cada vez que el desaliento los paraliza o el obstáculo los detiene, envidian, como el pastor de Garcilaso, no la *figura*, sino la *suerte* de los triunfadores, porque como su ambición les presenta y ofrece los medios que hay que emplear para vencer, a la par que su delicadeza les dice que tales medios son indignos, no sólo de su moralidad, sino de su esfuerzo y su brío, rehuyen tomar parte en la lucha, pues, como D. Quijote, no se avienen a pelear con los que no han recibido la Orden de Caballería.

Creen algunos, y se engañan, que para adaptarse hace falta talento superior, porque no se fijan en que sólo hay una fuerza, la gravedad, que hace que el líquido se adapte a la vasija. El que tienda hacia abajo, el que ceda a esa fuerza de gravedad que le solicita, ése se adapta, y por lo tanto, triunfa. Conseguir una sola cosa, es fácil; conseguir dos al mismo tiempo, de modo tal que la una sea condición de la otra, es difícil, y muchas veces imposible. Hay un



maquiavelismo que está al alcance de todas las fortunas, y que consiste en explotar en beneficio propio los defectos ajenos, singularmente la vanidad. Los que adulan y lisonjean, como los retratistas que *favorecen*, siempre encuentran quien los valga y los apoye, pues hasta los que tienen dignidad y discreción bastantes para rechazar la adulación exagerada, aunque no lleguen a creerla como verdad, gustan de aceptarla como homenaje.

Las ideas comunes, como la ropa hecha, molestan al principio, pero después acaban por ajustarse al espíritu ó al cuerpo, y por no molestar ni poco ni mucho. La idea laminada, modificada, y hasta esterilizada a veces por la palabra, penetra en nuestra mente sin sentir, y si nos acostumbramos a dar más importancia a la forma que al fondo, no hay peligro ninguno. Ovidio aconsejaba al pretendiente que tratara de granjearse la estimación de una mujer, que alabase, más que sus excelencias, sus defectos, dando a éstos el nombre de la cualidad

que más se pareciese a ellos. Desde el momento en que conseguimos, por ejemplo, llamar esbeltez a la demacración, ya lo habremos conseguido todo, pues no solamente la adulada se quedará satisfecha, sino que nosotros lo estaremos también, porque habremos logrado su simpatía, y habremos ejercitado nuestra sagacidad y nuestro ingenio.

Cuentan de un ciego que llevaba por las noches una linterna, y que, preguntado por alguien, respondió que no le servía para no tropezar con los demás, sino para que los demás no tropezasen con él. Así no hay vanidad que no cobre valor, ni extravagancia que no pueda justificarse.

Para juzgar de la inteligencia, no de la moralidad, de los hombres, es preciso colocarse en su punto de vista, y averiguar qué utilidad les proporciona lo que hacen o dicen.

En tiempos de lucha encarnizada, como los presentes, el sistema tiene sus quiebras, pues no basta decir, como el personaje de

Víctor Hugo: «Si impera Torquemada, me caliento en la hoguera», porque a veces el calor puede convertirse en quemadura.

Por estos riesgos, y porque no es posible vencer por completo la naturaleza, yo no aconsejaría a nadie la adaptación servil, a pesar de sus excelencias y ventajas. El que tuerce sus renglones cuando escribe en papel blanco, no deja de torcerlos porque escriba en papel rayado, con la desventaja de que la inclinación se hace más visible. No faltará quien diga que la *falsilla*, hipócrita «como su nombre indica», lo concilia todo.

Pero por mucho que se haga y se intente por encubrir y disimular la superchería y el artificio, por mucho que procuremos disfrazar o suplir con postizos y afeites nuestras ideas o nuestra carencia de ideas, siempre quedará algún resquicio por donde podamos ser descubiertos y destruídos, y nunca podremos engañarnos a nosotros mismos. Quizá sea esta la causa del descontento que anubla y empaña nuestras victorias; quizá sea esta la causa de la honda tristeza que

amarga la vida de los vencedores y no les deja gozar del triunfo alcanzado, porque la personalidad, ahogada por la ambición mientras duró la lucha, reclama y reivindica después del éxito sus fueros y sus prerrogativas, y se venga cruelmente, no dejándonos poseer el bien logrado, cuando lo hemos conseguido, no peleando a cara descubierta y de frente, sino disfrazando, encubriendo y deformando nuestro propio carácter y nuestra espiritual fisonomía; porque entonces, por poca conciencia que tengamos, tendremos la bastante para que, mientras los que sólo estiman el éxito, nos aplaudan y nos aclamen, murmure en nuestro interior, repitiendo la acusación de Mejía contra Tenorio:

«¡No sois vos, D. Juan, quien gana,
Porque por otro jugásteis!».

LO EXTRAORDINARIO

En la capilla del Condestable de la catedral de Burgos hay un enorme bloque de mármol rojo, que no sirve allí más que de estorbo, al que un ingenioso escritor burgalés llamaba *la piedra de toque*, porque había observado que los forasteros que visitaban aquella obra incomparable del arte gótico florido, cuando eran discretos e inteligentes no reparaban en el bloque, o censuraban que estuviese allí, y si eran ignorantes se quedaban ante él mucho más admirados que ante todas las maravillas y primores que la capilla encierra y atesora.

Muchas veces lo he recordado: siempre que los hechos han venido a confirmar mi

creencia de que la mayor o menor afición que los hombres muestran por lo extraordinario, basta para determinar el grado de su ilustración y los quilates de su gusto, pues, mientras los rústicos se agolpan ante las barracas de las ferias para contemplar el toro de dos cabezas o la mujer barbada, a los verdaderamente distinguidos y cultos les agrada poco lo inusitado y peregrino.

Desde el viajero devoto del famoso Cristo que se venera en la Catedral citada, y que, al volver de sus andanzas y correrías, le ofreció los tres huevos de avestruz, que todavía se ven a los pies de la imagen, hasta el lugareño que supone que el rey ha de ser un hombre diferente de los demás, son innumerables los ejemplos que pudieran citarse para acreditar lo que digo.

Los cocineros de Felipe V solían presentar en su mesa, en días de vigilia, pavos o jamones hechos de salmón, rodaballo o truchas; los cocineros de ahora procuran principalmente que el guiso no desvirtúe ni altere el olor, el sabor ni la forma del manjar,

porque se van enterando--como todo el mundo--de que casi todas las cosas son buenas cuando no las echa a perder el condimento.

Siempre me han aburrido las narraciones de aventuras maravillosas, y siempre he gustado sobre todo de lo real y lo humano. Hay una novela, universalmente conocida y admirada, en la cual todo es verdad, y por lo tanto, todo es belleza: *La vida de Lázaro de Tormes*. ¿Qué cambio extraño, qué incomprensible refracción sufriría en la mente de uno de sus continuadores, para que lo que es en la obra primitiva sencillez, naturalidad y realismo, se convirtiera en afectación, monstruosidad y delirio, hasta hacer que Lázaro se transforme en atún, y corra en el *reino de los atunes* una serie de aventuras tan necias como inverosímiles? ¿Cómo se explica que la misma pluma que escribió el *Quijote*, *Rinconete y Cortadillo*, *El Licenciado Vidriera* y tantas obras en que respandece la verdad y palpita la vida, narrase aquellas increíbles y extraordinarias aventuras del *Persiles*, libro que han elogiado

mucho más de lo justo algunos cervantistas incondicionales, pero que en realidad sólo merece alabanzas por su estilo y por haber dado ocasión a que aquella dedicatoria incomparable y aquel interesantísimo prólogo se escribiesen? ¿Cuánto más que aquellos paisajes helados, pertenecientes a una geografía fantástica, valen el antiguo y *conocido* campo de Montiel, las fragosidades y asperezas de Sierra Morena, las riberas del Ebro, o la playa de Barcelona? ¿Y cuánto más que aquel caballo, *tan estimado de Cratilo como famoso*, valen, no ya Rocinante y el Rucio, sino la yegua tordilla de D. Diego de Miranda o el frisón de Tosilos?

Esto prueba que hasta los más grandes ingenios, cuando se apartan de lo natural, yerran y desvarían, y que la importancia de las obras artísticas y literarias no nace de lo inaudito y sorprendente del asunto, sino de la cantidad de verdad humana que hay en ellas.

Los grandes inventores han sido los capaces de comprender que lo que parecía dis-

paratado era posible, y sencillo lo que todos creían complicado. El baño de Arquímedes o la manzana de Newton, no son más que la realidad, haciendo que cese la suspensión producida por la idea fija, y dando a un fenómeno corriente un valor general y definitivo.

Hasta las cosas buenas, cuando por extraordinario se hacen, tienen cierta rigidez que las desvirtúa. Se celebra en un pueblo la fiesta de su santo Patrono. Los cofrades, que, como los demás del pueblo, se han lavado la cara, se han afeitado y se han puesto camisa limpia, andan de un lado a otro, con un puro en la boca, y sin saber qué hacer de las manos; las muchachas estrenan trajes de colores chillones que aún conservan el apresto, la tiesura y el olor del telar, y cubren sus cabezas, recién peinadas, con pañuelos de seda, aún no domados por el uso, que se ahuecan como la vela de una nave. Lo ordinario de los modales se nota más por lo extraordinario del día. Lo pintoresco de la vida diaria ha desaparecido en-

tre aquella confusión grotesca y abigarrada en que chillan los colores y los sonidos desentonan, y en la que hasta la música es desagradable y molesta, pues en vez de las guitarras o las bandurrias, que los mozos del pueblo saben tocar, es una murga desafinada y atronadora la encargada de amenizar la fiesta.

En cambio, en las solemnidades palatinas, o en las que se celebran en las buenas casas particulares, nadie corre, nadie se apresura, todo está previsto, dispuesto y preparado, nada parece nuevo, pero nada está deslucido; en armas, correaes, plumas, cruces y libreas, brilla la limpieza *de siempre*; allí no se hace eso todos los días, pero todos los días podría hacerse. El conjunto produce en el ánimo una impresión de reposo, de bienestar y de armonía.

Esto es indudable, y parece que nadie puede contradecirlo con razones: sin embargo, los hechos se encargan de demostrar lo contrario.

Aún siguen exhibiéndose en los escapa-

rates de muchas confiterías, no sólo en provincias sino en Madrid, esos descomunales ramilletes, montados sobre una armadura de hoja de lata y coronados por una imagen de San José o de la Virgen de los Dolores; armatostes que tienen mucho que pagar y poco que comer, y que dos mozos de cuerda conducen procesionalmente a su destino; aún hay gente que se extasía ante esas esculturas cuyo rostro aparece cubierto con un velo; y quien alaba como maravillas del ingenio humano esas novelas escritas sin una de las vocales, que sólo prueban la paciencia de quien las hizo, y la paciencia de quien las lee; aún resulta de actualidad *El castellano viejo*, de Larra, y aún se malgastan en apariencia, bambolla y aparato, energía, trabajo y dinero que podrían servir para algo útil, si, en vez de disfrazar nuestra miseria con percalina, nos decidiésemos a ser sinceros y a remediar lo remediable.

No será, por lo tanto, inoportuno recordar aquí un cuento de Juan Aragonés, que puede aplicarse no sólo a los que por mal

gusto o por ignorancia se extasían ante lo extraordinario, sino también a aquellos que tratan de explotarlo en provecho propio y en daño ajeno.

Un hortelano en cuya heredad se criaban excelentes rábanos, sacó cierto día uno tan hermoso y tan grande, que juzgando que nadie era digno de comerle más que el rey, al rey se le ofreció, el cual conociendo su sencillez y su buena fe, mandó que le diesen cinco mil escudos. Noticioso de ello otro hortelano, llevó también a palacio un soberbio membrillo; pero el rey, comprendiendo su malicia, dijo al mayordomo:

—Toma este membrillo, guárdale bien, y tráeme el rábano que te dí a guardar el otro día.

Obedeció el mayordomo, y el rey, dándosele al hortelano, le dijo:

—Toma este rábano, que vale más que tu membrillo, pues puedo jurarte por mi corona real, que me costó cinco mil escudos.

EL RASTRO Y EL MUSEO



Si el Museo es, según se ha dicho, el panteón del arte, el Rastro es el asilo de las cosas viejas y destrozadas. Entre la galería donde se conservan y se custodian las obras artísticas, y el puesto donde se hacinan los objetos desechados, mezclando su polvo, su suciedad y su herrumbre, hay la misma diferencia que entre la muerte gloriosa y la enfermedad incurable.

Dijérase que las cosas que el hombre crea son como el hombre mismo que no se resigna a la muerte ni la acepta más que a cambio de la inmortalidad, y no sólo a la

muerte total y definitiva, sino a la muerte parcial de la juventud, de la inteligencia, del vigor, que trae consigo la variación forzosa, pero consciente, de indumentaria, de costumbres y de distracciones, o que impone la jubilación y el renunciamiento, más que a cambio de una compensación, de un aumento en bienestar, en posición o en honra, o, en último caso, a cambio de los derechos pasivos que por clasificación le correspondan. Cuando esta compensación no se obtiene, cuando el descenso tiene la tristeza del otoño sin frutos y de la cesantía sin sueldo, los seres y las cosas van tomando el aspecto de las solteronas irremisiblemente condenadas a afrontar valientemente su situación, como hacen las menos, o a prolongar indefinidamente su juventud nominal, como hacen las más, acicalándose y componiéndose con demasiado esmero, restaurándose con afeites y postizos, y haciéndose repulsivas, por el mismo afán que ponen en ser atractivas.

Siempre me han inspirado compasión las personas que no pueden vivir en lo presente, pues sólo para las que en lo presente viven tienen valor y encanto lo pasado y lo porvenir. Ni los niños que las echan de hombres, ni los viejos que presumen de mozos, son queridos ni respetados. El anacronismo es imperdonable en la vida como en el arte.

Muertas están las cosas que se guardan en el Museo, y medio muertas las que se venden en el Rastro; las primeras se resignaron a morir, las segundas se rebelan; y, compuestas y remendadas, se obstinan en prolongar su vida, mezclándose a todas las pequeñeces y a todas las miserias de la existencia humana.

Nadie reza ante las Vírgenes de Murillo, nadie esgrime la espada de Pizarro ni embraza el escudo de Fernando *el Católico*: muertos están hasta los sepulcros, convertidos en cenotafios, y sólo los locos de atar pueden enamorarse de *la Gioconda* y escribirle cartas apasionadas, como las que re-

produjeron los periódicos de París cuando desapareció del *Louvre*.

Todo lo que en el Museo se guarda está como fuera del tiempo y de la vida. Las obras que en él consagra la admiración, ennoblece la fama e inmortaliza la gloria, no están sujetas a modificaciones ni a anacronismos. En cambio, los pobres objetos del Rastro viven en anacronismo perpetuo y en vejez sin ancianidad. Por no morir a tiempo, se arrastran insepultos y como galvanizados, caducos, valetunidarios y achacosos.

La mesa que cojea y golpea el suelo con su pata añadida, como un inválido con su pierna de palo; el sillón manco que lleva en cabestrillo su brazo entablillado; el jarrón chino que oculta, volviéndose hacia la pared, su vientre roto; el marco sin lienzo y el retrato sin moldura, que reproduce las facciones de un desconocido; la casaca sin galones, la pistola sin gatillo, el bastón sin puño, la espada sin gavilanes y la montura sin bastes;

el candelabro desperejado, que *hace juego* con un morillo de chimenea, que tampoco sabe lo que ha sido de su compañero, y la cornucopia cuya luna hendida y desazogada refleja como puede toda la miseria y toda la podredumbre que tiene delante, reviven lastimosamente, obligados por la codicia del prendero, que chalañeando, como gitano en feria, los insulta dos veces: con su fingido desprecio cuando los compra, y con sus ridículas ponderaciones cuando los vende.

El que no haya visto las *restauraciones* que de los objetos, al parecer inservibles, hacen los prenderos, puede formarse idea de lo que son, recordando el patio de caballos de una plaza de toros. En ambos lugares se ofrece el mismo espectáculo deprimente y lastimoso: sofases despanzurrados, cuyos muelles vibran aún para quejarse, y cuyas cavidades se rellenan con borra o con pelote, como rellenan los *monos sabios* con estopa las heridas de las cornadas; desgarrones en la piel o en el forro, que se

zurcen con tramilla a grandes puntadas desiguales; aquí y allá montones formados por restos de restos; aquí y allá el mismo repugnante *baldeo* hecho con agua fría, que lava la sangre, o con pintura espesa, que disimula los desperfectos, nivela las desigualdades y cubre los añadidos. ¡Y una vez arreglados el mísero animal o el mueble roto, al puesto o a la plaza para que duren y se sostengan, por lo menos, hasta que se cierre el trato o se concluya la corrida!

En cambio, las restauraciones de las obras de arte se realizan con la cuidadosa atención y el escrupuloso esmero con que se llevan a cabo las operaciones quirúrgicas, a las cuales se parecen también en que no siempre el resultado responde por completo a la piadosa intención con que se ejecutan, y el paciente queda inútil y desfigurado; aunque, por fortuna, la cirugía artística ha llegado hoy a alcanzar, como toda la cirugía, un grado tal de perfección, que las operaciones salen casi siempre bien,

y los esfuerzos hechos para prolongar la vida del hombre, del cuadro o del monumento, son eficaces en la mayoría de los casos, y revelan tal seguridad, tal pulso y tal maestría, que todo lo creemos posible, y miramos como cosa corriente la trepanación, y como fácil la operación delicadísima que salvó *El Pasma de Sicilia*, cuando la carcoma, atacando la tabla sobre la cual pintó Rafael, amenazaba destruir la obra maestra.

¡Lástima que tales refinamientos y adelantos sean, con demasiada frecuencia, funestos para nosotros los españoles, que vemos desaparecer y emigrar muchas de nuestras joyas artísticas, sin sentir, indiferentes o anestesiados, el dolor de la amputación, hábilmente realizada por la codicia extranjera, que convierte en miembros muertos, en *piezas de Museo*, los fragmentos de las obras gloriosas, y que, no contentándose con despojarnos de lo que fácilmente puede trasladarse — cuadro o imagen, retablo o mueble, capitel o armadura,— intenta despojarnos también de

edificios enteros, desmontándolos pieza por pieza para reconstruirlos después, afirmando sus cimientos en tierra extraña, y *armándolos* pacientemente, como si sus sillares, dorados por nuestro sol, que al madurar las espigas da a la piedra el tono del trigo, fueran los tarugos de un rompecabezas!

Acaso algún día el aumento del bienestar y el progreso de la higiene logren suprimir el Rastro: es difícil, pero no imposible; en cambio, la importancia del Museo aumenta sin cesar, porque, aunque sea un mal, como decía Menéndez y Pelayo, es un mal necesario e inevitable. Los que le visitan no pueden dejar de sentir cierta tristeza que, por lo mismo que no va acompañada de ninguna sensación físicamente desagradable, como ocurre con la tristeza que el Rastro produce, se hace más invencible y más honda. No hemos de dejar que las obras de arte se pierdan y se destruyan; pero es triste tenerlas que matar para conservarlas, y es más triste aún que la mayoría de las que hoy se producen, por

haber perdido el arte su carácter social, se produzcan con este fin.

Los artistas que aspiran a un premio en las Exposiciones, únicamente pretenden que su cuadro o su escultura vayan a parar a la sala de un Museo, y sólo en contados casos tiene hoy la obra artística un fin unido a la vida, una misión religiosa o social que cumplir, y un destino apropiado a su perfección y a su hermosura. Después de ser expuestos y premiados, van los cuadros a las salas de los Museos, donde, sin más límite ni separación que la moldura de su marco, tienen que alinearse con otros, que no sólo les disputan el espacio materialmente, sino que artísticamente los perjudican, haciéndoles perder su valor propio por el contraste brusco de tonalidades, asuntos y procedimientos técnicos, que con su variedad solicitan y distraen la atención, y con su proximidad imponen las comparaciones, haciendo que lo relativo y accidental se sobreponga a lo esencial y absoluto. A las esculturas, que, por

estar aisladas necesariamente, parece que han de resistir mejor la prueba, les perjudica también la aglomeración cuando, como ocurre en el salón de entrada del *Luxemburgo*, es tal, que apenas se puede circular entre ellas, o cuando ocupan, como ocurre en nuestro Museo de Arte Moderno, el centro de las salas, y en vez de contemplarlas destacándose sobre un fondo adecuado que haga resaltar su forma y dé limpieza y precisión al contorno, las vemos sobre los cuadros y las molduras.

Comparad el efecto que produce el sepulcro del infante D. Alfonso en la Cartuja de Miraflores, y el que causa otro muy semejante a él, que encerró los restos de D. Juan de Padilla, el héroe de Granada, y que desde el Monasterio de *Fres del Val* fué trasladado al Museo provincial de Burgos; calculad lo mucho que perderían la tabla de la *Sagrada Forma* o el *San Antonio*, si desde la sacristía de *El Escorial*, o desde la capilla bautismal de la catedral de Sevilla fuesen trasladados a un Museo; e

imaginad la intensa impresión que causarían las *Concepciones* de Murillo cuando en la mañana del *Corpus* se exhibieron en la calle Mayor, ante el mismo público que por la tarde había de presenciar, también al aire libre, en las plazuelas de San Salvador o del Alcázar, los autos sacramentales de D. Pedro Calderón de la Barca.

Oyendo hablar a los contemporáneos de las cosas pasadas, que desprecian con irrespetuoso desdén o encomian con desmedidas alabanzas, se diría que la mayoría de los hombres sólo conoce lo que fué por el Rastro o por el Museo. La vida de nuestros antepasados, próximos o remotos, no estuvo formada por obras de arte, ni la trama de su existencia tejida como la de un tapiz; había entonces, como hoy, conflictos, penas y dolores, no siempre trágicos, artísticos y teatrales, sino oscuros, prosáicos y mezquinos. De la antigüedad, como de un buque naufrago o un continente sumergido, sólo conocemos los restos podridos que las tempestades arrojan a nuestras

playas, o las cumbres que aun se elevan descollando sobre las olas, y que aparecen aisladas, porque entre ellas se extienden las aguas limpias, espumosas y azules, y no los valles profundos y sombríos; por la rasante de las aguas se navega de unas a otras, siguiendo la línea recta que antes siguieron las aves en su vuelo, y que nosotros recorreremos con la admiración, sin tener que bucear en los abismos, ni trepar por las laderas, sin conocer, en suma, más que esas alturas, casi inaccesibles en su tiempo, y hoy fáciles y abordables para la imaginación entusiasta e irreflexiva, pero no para el conocimiento positivo y documentado.

Es triste que las cosas mueran; pero sería más triste en muchos casos que la historia volviese a ser vida. Hemos de ser nosotros los que adaptemos nuestra inteligencia y nuestro criterio a los hechos históricos, para comprenderlos y juzgarlos, en vez de procurar que ellos se adapten a nuestros prejuicios y a nuestras pasiones.

No tenemos derecho a emplazar a los personajes históricos como testigos de cargo o de descargo, pues merecen siquiera el respeto que los personajes contemporáneos, a cuyo domicilio se trasladan los jueces, cuando tienen que tomarles declaración.

Trágica o cómica, la historia no consiente ensayos antes de representarse, y, una vez representada, no admite repeticiones ni *reestrenos* (palabra cuya intrínseca impropiedad es una prueba de lo que digo), porque, como dijo el gran Zorrilla en su poesía *El Reloj*:

«Susurra el péndulo: *nunca*,
Nunca, nunca vuelve a ser
Lo que allá en la eternidad
Una vez contado fué».

Los que lo olvidan, los que quisieran usar de las reliquias que se guardan en el Museo, como si fueran objetos vendidos en el Rastro, haciéndolas vivir dos veces para que sufran dos veces también, como Lázaro, la muerte; los que se atreven a descol-

gar las armas de Roldán o la pluma de Cide Hamete, merecen sufrir el castigo que la Virgen impuso a Siagrio, sucesor de San Ildefonso, en la Silla de Toledo, por haber tenido el atrevimiento sacrílego de revestirse con la milagrosa casulla entregada por Ella al santo Prelado que había defendido su virginidad contra los herejes. El maestro Gonzalo de Berceo lo cuenta con su candorosa ingenuidad en el primero de los *Milagros*, y con sus palabras pondré fin a las mías:

«Mandó a los ministros la casulla traer,
Por entrar a la missa la confession façer;
Mas non li fo sofrido nin ovo el poder,
Ca lo que Dios non quiere nunca puede seer.

Pero que ampia era la sancta vestidura,
Issioli a Siagrio angosta sin mesura:
Prisoli la garganta commo cadena dura,
Fué luego enfogado por la su grant locura.»

LO PRESENTE

En la lengua sagrada, los verbos no se conjugan en tiempo presente: los hebreos, que, poseídos de religioso temor, no se atrevían a pronunciar el nombre de Jehová, no se atrevieron tampoco a considerar lo presente—que sólo juzgaban propio de Dios—como propio de los hombres.

Yo, sin pretender resolver esta difícil cuestión filosófico-gramatical, creo que, sin irreverencia, puede afirmarse que lo presente existe para el hombre, aunque el hombre apenas pueda conocerlo ni aprovecharlo, pues los instantes pasan y se

sucedan con la rapidez con que aparecen y desaparecen las fotografías que forman la película de un cinematógrafo, las cuales, si aisladamente se contemplan, no son más que la reproducción de algo que, siendo real, nos parece falso e imposible, porque la máquina, al sorprender la vida, fué más exacta, más potente y más minuciosa que nuestra vista.

Profunda y elocuentemente dijo San Agustín que la vida, el río y el discurso, sólo existen a condición de que los instantes, las ondas y las palabras pasen, desaparezcan y se sucedan sin interrupción y sin descanso; pero nosotros, sin acabar de comprenderlo, no aprovechamos los momentos que huyen, sino que, engañados por una esperanza irrealizable, creemos que en algún tiempo ese río que corre y corre sin cesar, ha de formar un remanso para copiar el cielo, sin darnos cuenta de que su azul también se reproduce en el espejo siempre movable y siempre renovado de las aguas, cuya corriente, fugi-

tiva pero perenne, copia y retrata su hermosura igual o mejor que las aguas remansadas y quietas.

De esta idea falsa, pero tenazmente arraigada en nuestra mente, nace en gran parte la infelicidad en que vivimos; de esta idea nacen la nostalgia que sentimos por los tiempos pasados, y la impaciencia con que anhelamos los venideros; la poca atención que dedicamos a la realidad, y lo mucho que valen para nosotros el recuerdo y la esperanza.

— ¡Cuántas cosas de las que diariamente arrojamos con desprecio se han de guardar en estuches y vitrinas por los arqueólogos del porvenir! ¡Cuántas dichas, venturas y satisfacciones, apenas conocidas ni gustadas en el día de hoy, han de ser recordadas mañana como placeres inefables y supremos!... Lejanía que azula los montes, pátina que da valor a la obra de arte que en su tiempo nadie apreció, ruina que hace interesante y poético el edificio que no fué elogiado ni visitado cuando nuevo... ¿Por

qué nuestras acciones y nuestras obras no han de tener aquella cualidad inapreciable que, según Plutarco, tenían las que Pericles dirigió y llevó a cabo, que parecían nuevas por su solidez y antiguas por su hermosura?

¿Por qué no hemos de aprovechar el bien mientras dura, y conocer el placer mientras está a nuestro alcance, sin esperar a que el tiempo y la experiencia nos hagan ver lo que hemos despreciado o perdido?

Al día le basta su cuidado, dice el Evangelio, y sólo *el pan de cada día* quiso Jesús que pidieran los hombres.

Limitémonos a gozar o a sufrir los placeres o los dolores del presente; no queramos acumular ni ahorrar felicidad para mañana, que las dichas y las venturas de la tierra sólo duran un día, y, como el maná, se pudren y corrompen si se conservan.

El exceso de previsión y de prudencia destruye la felicidad y anula la esperanza.

La vida, siempre original y siempre nueva, nos sorprende con lo inesperado, y se burla de nuestra sensatez y de nuestros pronósticos.

Si se pudiese acumular la energía humana que se ha malgastado y se malgasta en lamentar los errores pasados y en tratar de evitar los futuros, y se emplease en conquistar lo presente, seríamos dichosos.

Vivimos con el pensamiento fuera del instante en que realmente vivimos; padecemos una especie de enfermedad que yo llamaría *extratemporalidad*, que no nos permite estar donde estamos, ni pensar en lo que hacemos, ni gozar de lo que conseguimos y poseemos.

Esta enfermedad, que ha sido siempre endémica y crónica en el mundo, se ha agudizado, convirtiéndose en epidémica en los tiempos actuales, hasta el punto de que, hoy más que nunca, consideramos la vida como algo que debe empezar, pero que no empieza, como una función teatral

en que no hay más que entreactos, como un libro que sólo tiene prólogo. Vamos tan de prisa, tenemos tanto afán por llegar, que no llegamos nunca; el término de nuestro viaje se aleja sin cesar, y en ninguna parte nos fijamos ni nos detenemos. Todos se desviven por adelantarse a los demás, por aprovechar en beneficio propio la impaciencia ajena, ofreciéndole como un anticipo del futuro que anhela. El hortelano se afana porque los frutos que cultiva lleguen a sazonar prematuramente, porque sabe que en el mercado sólo alcanzan buen precio las *tempraneras*—como decía con palabra tan expresiva como acertada un elocuente diputado;—las modas, apenas iniciadas, se hacen vulgares; en las alzas y bajas de la Bolsa influye más el anuncio de los sucesos que los sucesos mismos; en los *Salones* y en los teatros de París tienen más atractivo y despiertan más interés el *vernissage* y el ensayo general que la apertura y el estreno.

Y como la fiebre de velocidad y el vértigo que nos dominan son tales, que no nos podemos sustraer a ellos, lo más fácil y hasta lo más descansado es marchar al paso de los demás, sin quedarse rezagado y sin detenerse, como, cuando se viaja, es más cómodo y más práctico comer en el *vagon-restaurant* que en las fondas de las estaciones, donde hay que engullir de prisa y de cualquier modo, porque el tren para poco y no espera a nadie.

Una época en que de tal modo se vive fuera de lo actual y de lo presente, no podré creer jamás, aunque todos lo digan, que es práctica ni positivista. Una época en que la *extratemporalidad* se ha agravado hasta el punto de arreglar los relojes, no por el meridiano del punto en que se vive, sino por otro, es una época de ilusos y de soñadores; nosotros los españoles que vivimos, no en el presente, sino en el pasado, al tratar de recobrar lo perdido, sólo hemos ganado un cuarto de hora en el cambio, olvidando que «no por mucho

madrugar amanece más temprano», como dice nuestro pueblo que aun vive a la antigua, y que, fuera de las grandes capitales, aun es paciente, perezoso y tranquilo, y espera con calma los acontecimientos sin pretender anticiparlos con su impaciencia.

Hay multitud de vicios que tienen por único origen la desconfianza en la vida y el desprecio del momento presente: la pereza, que nos hace confiar más en lo que haremos mañana que en lo que podríamos hacer hoy si quisiéramos, pero que no nos deja gozar del ocio presente por la amenaza del trabajo futuro, y más aun la avaricia, el amor exclusivo e inmoderado a las riquezas, que, como ha dicho recientemente un escritor ilustre, es un amor idealista que sólo atormenta a los soñadores. Tener dinero para tenerlo todo, no hoy, sino mañana; codiciarlo, acumularlo y extasiarse en su contemplación, hasta llegar a considerarlo, no como medio, sino como fin; no gastarlo para no reducir ni empe-

queñecer la esperanza, al convertirla en realidad; sacrificar lo presente a un porvenir que nunca llega; preparar, disponer, asegurar la vida futura; no atreverse a labrar el bloque para no cambiar por una sola escultura las infinitas esculturas que encierra, sin comprender que una sola estatua verdadera vale más que todas las estatuas imaginadas; vivir como desasidos de la realidad en un mundo de ensueño, y moverse en él sin la seguridad de la marcha ni la ligereza del vuelo.

Los niños, únicos seres felices en la tierra, lo son porque viven en lo presente, porque para ellos no hay ayer ni mañana, porque gozan plena e intensamente de lo actual, que es lo único verdadero. Los hombres, que hemos aprendido a ser precavidos y prudentes, sólo somos felices cuando nos distraemos, cuando nos *divertimos*, en el sentido etimológico y primitivo de la palabra; es decir, cuando sin temores ni cuidados nos entregamos involuntaria y totalmente a la vida, al momen-

to que pasa, al placer que nos solicita, y que nos vence y nos subyuga, haciendo que nos olvidemos de lo que fuimos y de lo que seremos, de todo lo que nos inquieta, nos entristece o nos preocupa.

Si los hombres al fin de su vida hiciesen fiel y sinceramente un balance de sus penas y de sus alegrías, de sus triunfos y de sus derrotas, de sus placeres y de sus dolores, ¡cuántos se darían cuenta de que hubiesen sido felices si hubieran querido serlo, si hubieran aprendido a conocer la felicidad presente como conocen la pasada! Yo, si se pudiese vivir de nuevo, no lo anhelaría para evitar mis errores, ni para reformar mi carácter, ni para aprovechar mi experiencia, sino para conocer la ventura y gozarla, para saber cuáles eran las alegrías que más tardé había de llorar, para conjugar el verbo *vivir*, no en pasado y en futuro, como los hebreos, sino en presente y siempre en presente; para no acortar la existencia con el temor, ni hacerla insoportable con la impaciencia, y

para aprovecharme del sabio consejo que el gran poeta sevillano daba a su amigo que pretendía en la corte, y a quien servían de prisiones sus esperanzas:

«Iguala con la vida el pensamiento,
Y no le pasarás de hoy a mañana,
Ni quizá de un momento a otro momento.»

EL SEGUNDO

Nadie más infeliz ni más digno de compasión que el *segundo*; para él los honores parecen desprecios, y censuras las alabanzas; nunca goza de felicidad plena ni de placer completo; su fama no llega a convertirse en gloria, ni su poder en soberanía; agrada, pero no subyuga; logra, pero no conquista, acierta, pero no se impone, y vence, pero no triunfa. Los que pronuncian su nombre no lo hacen para honrarse, sino para honrarle.

En otros tiempos, los *segundones* nacían condenados a envidiar al mayorazgo, a so-

portar sus alardes de superioridad cuando niños, y cuando hombres a sufrir y hasta a implorar su protección humillante y desdeñosa. Por eso muchos segundones de casas ilustres y hasta de casas Reales, se consagraban a la Iglesia, buscando así una posición aparte que los librase de esa especie de subordinación y de inferioridad. En los tiempos modernos, sólo los primogénitos de las familias reinantes y tituladas conservan algo de la antigua supremacía; pero las leyes desvinculadoras e igualitarias que suprimieron los mayorazgos y abolieron los privilegios, no han podido mejorar la situación de otros segundones que existen y existirán siempre.

El *segundo* no es una nulidad ni una medianía: vale más que todos, pero hay uno que vale más que él, o que ha llegado más alto por el favor de la fortuna o por el capricho de la moda; no ocupa nunca el primer puesto ni desempeña jamás el papel de protagonista; la distancia que le separa del *primero* es enorme e infranqueable, y pequeña

la que le separa de los demás; la envidia, que es impotente contra aquellos que el mundo reconoce y acata como indiscutibles, recobra, cuando le hiere, toda su fuerza, y consigue rebajar sus méritos al negarlos, y atenuar sus aciertos al discutirlos.

Cuando lucha con el *primero*, que es, como Aquiles, invulnerable, no intenta herirle traicioneramente por el talón, pues considera indignos de su valor los ardidés de Paris; pelea frente a frente, como Héctor, y siempre es vencido, y el público aplaude al vencedor, porque la invulnerabilidad, que es don divino, le parece más digna de aplauso que el esfuerzo humano.

Tan triste es ser *segundo*, y tanto temen serlo los que aspiran a ser *primeros*, que hasta aquellos que lo son por derecho propio, consideran como enemigos a los que pueden ser sus competidores, y se resisten obstinadamente a reconocer su mérito. Así, Lope y Cervantes ni se estiman ni se comprenden; si alguna vez se alaban, es como por compromiso y de mala gana; de tal

modo ciega al primero el amor propio, que habla del *Quijote* en los términos desprecia-
tivos e injustos de todos conocidos, y de tal
manera mortifica a Cervantes la populari-
dad del Fénix de los Ingenios, que, tal vez
pensando en ella, pone en boca del hidalgo
manchego estas profundas y significativas
palabras, dirigidas al poeta D. Lorenzo Mi-
randa: «Procure vuesa merced llevar el se-
gundo premio, que el primero se le lleva el
favor o la gran calidad de la persona; el se-
gundo se le lleva la mera justicia....., pero
con todo esto, *gran personaje es el nombre
del primero.*»

Tan gran personaje, que para él serán los
aplausos y las alabanzas, el provecho y la
gloria, porque el vulgo no tiene tiempo ni
paciencia para juzgar y aquilatar los méritos
y las cualidades de los que contendieron,
porque la muchedumbre, el gran público,
como ahora decimos, no aplaude más que la
victoria, sin pararse a pensar cómo fué con-
seguida, y, sobre todo, porque cada uno de
los que le forman conoce instintivamente

que al juzgar las obras consagradas, lo que hace realmente no es *juzgarlas*, sino *juzgarse*, graduando su entendimiento y su gusto, que a él mismo le parecen más discutibles que el valor de la obra maestra, y que quedarían malparados si no se rindiesen a discreción ante lo que todos consideran como definitivo e insuperable. Con tanta razón como sinceridad explicaba aquel asistente que figura en una de las ingeniosísimas poesías de Carlos Luis de Cuenca, la causa de su profundo entusiasmo, al oír leer a su teniente *El Vértigo*, de Núñez de Arce:

«Recuerdo que una tarde calló un minuto,
Y me dijo mirándome muy fijamente:
—¡Si tú no te entusiasmas eres un bruto!—
Y yo me entusiasmaba..... ¡naturalmente!»

Esto hace que, aunque sea pequeñísima la diferencia entre sus méritos y cualidades, sea enorme la que existe entre la popularidad y la fama que alcanza el *primero*, a quien ensalzan todos, sabios e ignorantes, tontos y listos, y la fama y la popularidad

que logra el *segundo*, a quien sólo elogian, aprecian y conocen los entendidos y discretos, que son los únicos capaces de juzgar directamente, sin dejarse engañar por el reclamo ni alucinar por el éxito.

En muchos casos la situación del *segundo* se agrava y se hace más triste por la injusticia con que es juzgado, o, más aun, por la falta de atención que se le concede; y como la atención del público y de la crítica es necesaria para que las obras se aprecien en todo su valor, y el que no logra desperditarla con sus obras, o no consigue que otros la despierten, pregonando sus excelencias, está perdido, resulta que el que tenía alientos y condiciones para llegar al fin, se queda a la mitad del camino, viendo cómo se le adelantan, no ya los *primeros*, a quienes él respeta y admira, sino muchos que nada valen, pero que fueron más audaces y más afortunados, y entonces, no la envidia ni el despecho, sino la tristeza, hace que vengan a su memoria los versos de Salicio, desdeñado por Galatea:

«No soy, pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo,
Que aun agora me veo
En esta agua que corre clara y pura,
Y cierto no trocara mi figura
Con ése que de mí se está riendo;
Trocara mi ventura.....»

Lo que indignaba a los segundones, era que el azar del nacimiento hiciese que el mayorazgo lo fuese todo, y ellos nada, siendo hijos de los mismos padres, y lo que indigna y desespera al *segundo*, es la gran desproporción que existe entre lo que merece y lo que se le otorga, entre el esfuerzo y la recompensa, pues mientras el nombre del *primero* llega a adquirir cierto valor simbólico, y representativo, el suyo es desconocido del gran público contemporáneo, y le desconocerá también el público futuro. Entonces anhela el aplauso, no como premio, sino como estímulo, y no le consigue, y tiene que sufrir que muchos que presumen de entendidos le apliquen el *mediocribus esse poetis*, de Horacio, olvidando o desconociendo que es muy distinto ser poeta me-

nor, que poeta mediano, y que basta con que en un solo momento se haya acertado a hacer o a decir algo profundamente original y verdaderamente hermoso, para merecer ser alabado y enaltecido, una vez siquiera también.

Casi siempre juzgamos las obras artísticas como si fuéramos jurados de un certamen en que sólo hubiera de otorgarse un premio, o como si tratásemos de clasificarlas por orden de mérito, para saber en caso de incendio cuáles debíamos salvar primero, y cuáles dejar que pereciesen entre las llamas; es decir, que olvidando que al valor de las obras artísticas podría aplicarse la distinción entre valor en uso y valor en cambio, que todos los economistas admiten, las estimamos más por lo que halagan nuestro orgullo o nuestro patriotismo, o por el precio a que se cotizan en el mercado (valor en cambio), que por el placer que su contemplación nos produce, por las ideas y sentimientos que en nosotros despiertan, en suma, por la belleza que realizan y expresan (valor en uso).

Si las juzgásemos de este modo, si no nos limitásemos a admirar y a alabar lo oficialmente consagrado, si no fuéramos lo que podríamos llamar *domingueros* del arte y de la literatura, ¡cuántas injusticias repararíamos y cuántas revelaciones, sorpresas y hallazgos compensarían nuestra curiosidad y nuestra diligencia! ¡Qué placer cuando nuestra admiración solitaria y sincera responde al *non omnis moriar* con que todos los verdaderos poetas han expresado, en una o en otra forma, sus anhelos y sus esperanzas de inmortalidad! ¡Qué placer cuando al recorrer las páginas por nadie, o por casi nadie, recorridas, y que parecen escritas para nosotros, encontramos el rasgo magistral o el pensamiento profundo, y nos forjamos la ilusión de que lo hemos evocado y hecho renacer a la vida, porque somos los únicos que lo admiramos, porque lo hemos gozado en toda su virginal hermosura, porque no ha sido repetido por la rutina, ni aplicado por la vulgaridad, ni profanado por la parródia!



Los cuadros y las estatuas que no figuran en los Museos ni en las colecciones, los monumentos que el *Bædeker* no recomienda con asteriscos a los viajeros, las poesías que no se encuentran en los libros de trozos escogidos, las piezas musicales que no han sido vulgarizadas por los pianos de manubrio, en suma, las obras compuestas por los que amaron la belleza, no como amantes felices, sino como amantes desdeñados, y que conservaron su ilusión de gloria, nunca alcanzada y siempre perseguida, guardan tesoros de inspiración, de sentimiento y de hermosura para los que sepan descubrirlos y comprenderlos.

Así como nadie se enamora de una mujer porque otros la alaben, nadie siente la hermosura de una obra artística porque otros la elogien; dudemos de la sinceridad de nuestra emoción cuando por el elogio y el aplauso de los demás se despierte; y procuremos que nuestras impresiones sean directas y espontáneas. Para los *primeros*, las ovaciones, las estatuas y los homenajes; para

los segundos, la atención y el cariño; no siempre los inspiró la envidia o el odio, no siempre se les hizo justicia; ya que hay tantos que alaban a los *primeros*, a los grandes, por rutina y sin conocerlos, procuremos nosotros conocer a los *segundos*, a los humildes, para alabarlos, si lo merecen, que así nuestras alabanzas serán sinceras.

VANIDAD

Muchos censuran la vanidad y la presunción, como vicios más extendidos ahora que nunca, y echan de menos los tiempos en que la modestia y el comedimiento se consideraban como virtudes. Yo creo que hay algo que está por encima de la modestia y del orgullo, de la humildad y de la soberbia: la sinceridad. Sin ella, la modestia deja de ser virtud, y con ella deja de ser vicio el orgullo. La modestia fingida de aquellos que se humillan para ser ensalzados, es intolerable, porque, como dijo Zorrilla, su humildad no es humildad,

sino hipocresía; pero son más intolerables aún la hipocresía de la soberbia; el alarde de fe y de confianza en las propias fuerzas, hecho por aquellos que están convencidos de su inutilidad y de su impotencia; la fanfarronería en todas sus formas; el matonismo de navaja o de pluma, que se vale, más que del golpe, de la amenaza, y que cuenta para vencer sin lucha, no con el propio valor, sino con la ajena cobardía.

Nada hay más antipático ni más repulsivo que ese afán inmoderado de notoriedad y de fama—sea buena o sea mala—que Blanca de los Ríos llama *erostratismo*, y que no es ni puede ser el anhelo legítimo de que los demás reconozcan en nosotros lo que en nosotros haya de elevado o de noble, sino el propósito de sorprender y de engañar al público que paga y aplaude, para conseguir, sea como sea, su consideración y sus alabanzas. Eróstrato, al incendiar el templo de Diana, demostró de un modo terminante que no tenía fe en sí propio, y que se juzgaba indigno del renombre a que

aspiraba, pues cometía una atrocidad para conseguirlo. Los que le imitan—que siempre han sido muchos, pero que ahora son más—prueban también que tienen más confianza en el *reclamo* con que despiertan, estimulan y avivan la curiosidad del público, que en el mérito o en la bondad de las obras que componen o de los hechos que realizan.

Para distinguir de un modo infalible si el que alaba sus propias obras o sus propios hechos, lo hace por sinceridad o por cálculo, bastará con que nos fijemos en si hace del orgullo un arma ofensiva, que sólo cuando hay lucha se esgrime, o en si se abroquela y se resguarda tras él, como si fuera un arma defensiva, cuya eficacia no depende del valor ni de la destreza del que la usa. Basta fijarse en si esos alardes se hacen como por excepción e impensadamente, o se repiten de un modo periódico y constante, con frialdad, sin entusiasmo y como siguiendo un plan propuesto de antemano, y, finalmente, observar si el

aumento de fama, de consideración o de honores, determina o no un cambio en las costumbres, en la afabilidad, en las maneras y en el trato de aquel que se ve exaltado y favorecido, pues, como decía el *rabbí* D. Sem Tob:

«Quien se enloqueció
Con honrra quel cresçia,
A entender bien dió
Que no la meresçia.»

Porque no es la fama ni el aprecio de los demás lo que justifica la propia alabanza, sino la sinceridad con que se hace, y claro está que si al hombre ilustre le perdonamos, con más facilidad que al desconocido, sus alardes de superioridad, es porque tenemos motivo fundado para suponer que cree en sí mismo y que tiene conciencia de su valer y de su mérito.

No es, por tanto, el vicio de que hablo un exceso de amor propio, ni consiste en el exagerado aprecio que hagamos de nosotros y de nuestras obras; tiene por origen el cálculo, por fin el engaño y por medio

la astucia, y no nace ni puede nacer del egoísmo, entendido como debe entenderse, pues consiste en sacrificar la estimación propia para lograr la ajena.

Todos nos conocemos mejor de lo que se cree; todos tenemos conciencia clara de nuestras excelencias y de nuestros defectos, pero todos procuramos guardar el secreto, para que los demás no se enteren, por dos razones: porque creemos que los demás son más cándidos de lo que son realmente, y que con facilidad se dejarán engañar; y porque tememos que al confesar nuestros defectos ha de ser más censurada nuestra imperfección que alabada nuestra sinceridad.

Por eso muchos que son tildados de vanos y de presuntuosos, no lo son realmente, pues cuando se alaban no lo hacen porque ellos lo crean, sino para que lo crean los demás. Conocen que hay muchos hombres débiles, perezosos e incapaces de juzgar por sí mismos, y saben que se rinden a discreción ante los audaces, sin

pararse a averiguar si es real o fingida la fuerza de que blasonan y alardean.

No es por vanidad, como muchos creen, por lo que el estudiante quiere conseguir un título, aunque nada sepa; es porque el título puede convertirse, si tiene quien le valga y le favorezca, en algo práctico y de inmediata aplicación para la vida; no es por vanidad por lo que el candidato impuesto por el cacique, quiere lograr el acta de diputado, pues demasiado sabe que no representa a su distrito, cuyos electores no le conocen; pero está convencido de que el acta, una vez lograda, se ha de convertir para él en consideración, en honores y en influencia; no es por vanidad por lo que el poderoso se complace en la adulación, pues ésta por sí misma sólo puede satisfacer a los imbéciles, y si muchas personas discretas y prácticas gustan de ella, es porque sólo con los grandes se emplea, es porque viene a ser como una prueba de reconocimiento del poder, como un homenaje ofrecido por los débiles a los fuertes.

No está, pues, la vanidad, considerada como vicio individual, tan extendida como parece, pues los que en todo buscan el provecho inmediato, práctico y positivo, creen, no que las lentejas valen porque con ellas pueden adquirirse las primogenituras, sino que las primogenituras son útiles porque pueden convertirse en lentejas.

Lo que sí existe es una inmensa y desconsoladora vanidad colectiva, una ciega y estúpida credulidad, que al dar valor e importancia a lo que nada es y nada significa, hinche y llena, por decirlo así, su oquedad, hace que las cosas vanas sean condiciables y codiciadas, y suprime de hecho la vanidad de los que las codician.

La opinión de los más, que concede mayor importancia al éxito que al esfuerzo, y que alaba al que lo consigue y no al que lo merece, hace que se procure más bien lograr el simulacro de las cosas que las cosas mismas, y que tenga más valor la apariencia que la realidad; y como la apariencia es fácil de alcanzar, y la realidad no, el que

conoce el terreno que pisa y el mundo en que vive, aparenta amar lo que no ama, afecta buscar una cosa para encontrar otra distinta; y si tiene habilidad y malicia para encubrir y disimular sus designios, los ve realizados en la mayoría de los casos.....; pero algunas veces la suerte, menos injusta y menos caprichosa de lo que parece, le concede aquello que aparentaba tratar de conseguir, pero le niega aquello que verdaderamente deseaba.

EL SÍMBOLO



uando el crecimiento de los seres cesa y se detiene, por lo menos aparentemente, hay en su vida un período, que se llama estacionario, pasado el cual, empieza y sigue, con rapidez uniformemente acelerada, la decadencia.

Esto hace que, al darnos cuenta de que ya no progresamos ni crecemos, sino que nos estacionamos o decaemos, en nuestro orgullo, vanidad y egoísmo, confundamos nuestra paralización o nuestro descenso, con la paralización y el descenso de cuanto existe, y que nos consolemos en nuestro mal humor,

ponderando y enalteciendo lo pasado, con mayor tesón cuanto más desde lejos lo contemplamos, probando la eterna verdad humana del *laudator temporis acti*.

Además, todo lo que desaparece, se extingue o declina, derrama sobre el mundo, como el sol al transponer,

«su luz más bella cuanto más tardía»,

por lo que todos propendemos a admirar las formas regulares, geométricas y definitivas de la cristalización más que las irregulares, caprichosas y constantemente renovadas del movimiento y de la vida.

La suma de estos egoismos, que se unen y se asocian, produce cierto sentimiento complejo y contradictorio, cierta idealización de lo pasado, cierta imposible y absurda esperanza en lo que fué, y no en lo que será, y cierto afán de considerar cristalizado lo que aun está vivo, y en derredor nuestro se agita y se transforma constantemente.

De aquí nace que los mitos y los símbolos, los hombres representativos, y las senten-

cias firmes e inapelables, cristalizaciones de una ilusión o de una idea, que se nos presentan autorizadas por el consentimiento de las mayorías, ennoblecidas por el prestigio de la antigüedad, y defendidos por la *santidad de la cosa juzgada*, adquieran en los períodos de abatimiento y decadencia una importancia que no tuvieron en las sociedades fuertes y vigorosas, que de un modo inconsciente les dieron vida, pues el predominio de lo ideal sobre lo real y del ensueño sobre la acción que caracteriza a los débiles, les hace creer que realizan un acto de adoración sincera y fervorosa, y no un acto de superstición y aun de idolatría, cuando exhuman las viejas fórmulas y resucitan los usos olvidados, para oponerse, con mejor intención que acierto, a la desaparición de lo que fué nuestro orgullo y nuestra gloria, como si lo meramente externo y superficial fuera bastante para cerrar el paso a las nuevas ideas que, buenas o malas, se han hecho carne y sangre en los que las profesan y las defienden.

Si nos limitásemos a considerar la duración o la supervivencia de las cosas, como prueba de vitalidad, no habría peligro alguno en esta admiración que a los símbolos tributamos, pero como muchas veces confundimos la vitalidad con el embalsamamiento, y preferimos lo alegórico a lo real, el emblema a la idea, y la copia al original, el peligro de engañarnos es grande, y grande también la desviación que sufren nuestros pensamientos y nuestros actos.

Yo he visto en la capilla del Príncipe Pío, la *Cara de Dios*, el lienzo que conserva impresas, más que las facciones de Cristo, las señales de la sangre que corrió por su rostro, cuando cargado con la cruz, recorrió la calle de la Amargura; pero en los cuadros y en las estampas, en el lienzo que sostiene en sus manos la efigie de la Verónica, que sale en las procesiones del Viernes Santo, lo que aparece no es una reproducción exacta de la citada reliquia, o de las que se conservan en Jaén y en Roma, sino un rostro completo y detallado, con todos sus rasgos,

perfiles y facciones. Es decir, que el Arte, en su afán de concretar y de aclarar las cosas, las falsea en cierto modo, y contribuye a que, al contemplarlas en la realidad, suframos cierto desencanto, viendo que no responden a la idea que de ellas nos habíamos formado, por la costumbre de ver y admirar sus copias o imitaciones.

Esto hace que el símbolo que se forma al través del tiempo, tenga a nuestros ojos más claridad y hasta más prestigio que la idea que representa, y que a todos nos indigne más, por ejemplo, la ofensa hecha a la bandera de la Patria, que el daño inferido a la misma Patria que simboliza, porque en la enseña vemos, no la España real en que hemos nacido y en que vivimos, sino una España ideal, soñada por nuestra ilusión y nuestro anhelo.

La realidad, al convertirse en símbolo, es Aldonza que se convierte en Dulcinea, no en el mundo ni en la vida, sino en la mente de D. Quijote; pero este mismo ejemplo nos prueba que sólo cuando el amor y la ilusión

intervienen es cuando el símbolo puede ser fecundo y provechoso, y exaltar nuestro corazón y mover nuestro brazo. Cuando esto no ocurre, cuando el símbolo ha perdido su vitalidad, cuando a nada responde, tiene un valor puramente artístico y convencional; decora, pero no entusiasma. La elegancia ha sustituido a la realidad, y la heráldica ha reemplazado a la vida, al convertir en figura plana lo que fué de bulto. Veamos, por ejemplo, el blasón de Barcelona: cuatro barras de gules sobre campo de oro, timbradas por una corona condal. Las barras representan los cuatro rastros sangrientos que trazaron los dedos de Carlos *el Calvo* en el escudo de Wifredo *el Velloso*, y la corona, la corona del Conde, que no tendría nueve perlas, sino diez y seis. La transformación sufrida por el escudo al hacerse blasón, y por la corona al convertirse en timbre, hacen que, acostumbrados a ver el emblema, si contemplásemos el escudo de Wifredo, rayado por su propia sangre, y la corona que llevó en sus sienes, diríamos que el herál-

dico, y no aquél, era el verdadero escudo de Barcelona.

Este predominio del emblema sobre la hazaña, de la empresa del blasón sobre el hecho que le dió origen, hace imposible que lo actual nos parezca digno de atención y de encomio, porque, al juzgar lo pasado, lo admiramos, no por lo que fué, sino porque los siglos lo han transfigurado con su veneración y con su entusiasmo.

Y ocurre un fenómeno curioso: que al admirar, por ejemplo, una obra de arte de un autor antiguo y afamado, no la admiramos como tal obra de arte, sino que la adoramos como reliquia, la mayor parte de las veces con adoración inconsciente, ya que al convertirse, por decirlo así, de humana en divina, se ha hecho para nosotros impenetrable e incomprensible.

Si observamos con alguna atención los hechos que cito, veremos que tienen su origen y su fundamento en el amor propio, pues mientras a los contemporáneos les regateamos la admiración y el aplauso, cuan-

do se trata de glorificar y enaltecer a los que ya murieron, y no pueden hacernos sombra, creemos que glorificamos y enaltecemos algo que es nuestro, algo que nosotros, con nuestra admiración, les hemos otorgado y concedido.

Esto es peligroso, repito, porque tiene un fundamento hondo y humano, y porque se nos presenta revestido de belleza, de arte y de elegancia, en la mayoría de los casos; pero esas cualidades no deben cegarnos ni seducirnos hasta el punto de que olvidemos la idea por el símbolo que la representa, ni la acción por la forma definitiva y acabada en que cristalizó. No demos ocasión ni pretexto para que nos digan que nuestros antepasados nos legaron su escudo, pero no nos legaron su espada.

LA VERDAD SOSPECHOSA

En la admirable comedia de Alarcón, así titulada, y en la antiquísima fábula que Samaniego popularizó con el impropio título *El zagal y las ovejas*, el embustero Don García y el pastor burlón pagan caros sus engaños y sufren el castigo que merecieron, escarmentando en cabeza propia; pero ni en la comedia ni en la fábula se pone de manifiesto la difusión de la mentira que hace sospechosa la verdad, no ya en los labios del embustero, sino en los labios del veraz.

La presunción de que el hombre miente

es la base de todas las relaciones sociales. Los romanos decían con razón que las cosas son más de fiar que las personas, y aunque dejemos empeñado el honor con la palabra y el alma con el juramento, aunque extendamos la mano solemnemente

«Sobre un cerrojo de fierro

Y una ballesta de palo»,

como Alfonso VI en Santa Gadea, podemos estar seguros de que ni los mismos que nos apremian y obligan han de creernos, pues lo hacen para aquietar su conciencia, más que para desvanecer sus dudas, y podrían repetir las palabras del Cid:

«Si es que aquesto non ficiera,

Yo quedara por perjuro,

Y no por buen caballero

Me tuviera todo el vulgo.»

No hay medio, cuando se es sincero y con sinceridad se habla, de encontrar las palabras que expresan la verdad, porque todas están desgastadas por el uso y profanadas por el abuso. No sólo mienten los hombres, mienten también las palabras que

emplean, y se da el caso de que las palabras tienen todo su valor en la mentira que se cree, mientras en la verdad de que se duda, lo pierden, y el hombre está condenado a mentir él o a que mientan sus palabras. Las artificiosas frases de la relación de *Don García*, contando cómo fué sorprendido en el cuarto de *Doña Sancha de Herrera*, y las voces del pastor, gritando: *¡Al lobo!*, cuando ni *Doña Sancha* existía ni el lobo asaltaba el redil, tuvieron en los oídos de *Don Beltrán* y de los pastores vecinos toda la fuerza de la verdad; las palabras sinceras y los gritos de angustia con que uno y otro procuraban salvar su amor y su rebaño, fueron las que mintieron, las que, vacías y faltas de sentido, sonaron a hueco en los oídos de aquellos a quienes se dirigían.

Huecas están las palabras que empleamos: *huecas por dentro* cuando mentimos, *huecas por fuera* cuando decimos verdad, porque entonces su oquedad proviene, no de falta de veracidad en el que habla, sino

de falta de credulidad en los que oyen. La mentira, cuando no encuentra asilo en los labios del primero, se refugia en los oídos de los segundos, impidiendo que la verdad penetre, o consintiendo a lo más que entre, después de ser mutilada o añadida. Su desnudez, como la de Ulises, cuando arribó a las playas de los Feacios, asusta y pone en fuga a las servidoras de Nausicaa; sólo ésta ni se turba ni huye.

Imposible será encontrar quien acoja a la verdad, como la princesa *bracinívea* acogió al rey de Ítaca, pues nadie acepta ni tolera su desnudez, que es tan deslumbrante y tan temible como la de la espada, y sólo algunos, los pocos *que sienten el amor de los artistas* (como ha dicho mi compañero Estelrich en un magnífico soneto inspirado en el famoso episodio de Homero), son capaces de contemplarla sin escándalo, cuando el arte la desliga de la tierra, transfigurándola en hermosura.

Por eso la verdad, como el oro, necesita mezclarse con la liga para que circule y se

accepte como moneda corriente en el comercio humano. Es más: la falta de crédito hace que el oro acuñado desaparezca y se oculte, siendo reemplazado por la plata, que tiene liga también, y cuyo valor efectivo es muy inferior al nominal, lo que hace que sea a la vez falsa y legítima, moneda y documento de crédito, pareciéndose a las mentiras convencionales y a las verdades incompletas, en que, como ellas, sólo sirven para andar por casa, pues al pasar la frontera sufre el quebranto consiguiente, y se achica y se reduce, perdiendo en un momento lo que por convenio tácito había adquirido.

Como los hombres no llevan un letrero en la frente, como lo llevan las carretillas y los vagones del ferrocarril, que diga: *Tara, tantos kilogramos*, para que sepamos lo que hay que rebajar en lo que nos dicen, todos suplimos esta falta, rebajando siempre y descontando a ojo, por impresión y, a lo más, por cálculo, lo que se nos figura que debe de ser la diferencia entre el peso

bruto y el peso neto. Es lo mismo que si, en vez de poner la tara en los vagones o en las carretillas, empleasen en las estaciones una báscula que indicase el peso, descontando siempre lo mismo, y haciendo que, al facturar un equipaje o una mercancía, se pagase siempre más o menos de lo justo.

Esto hace que los hombres se clasifiquen o deban clasificarse prácticamente, más que en veraces y en embusteros, en crédulos e incrédulos, o sea, en cándidos, que creen hasta las mentiras más estupidas, y en maliciosos, que niegan hasta las verdades más evidentes. El número de los primeros va disminuyendo rápidamente. La sencillez de alma, que no es incompatible con el talento, no se encuentra ya ni en los niños, porque en el mundo, mayor de edad, ni la infancia disfruta de la inocencia. Lo poco que creemos, es la mejor prueba de lo mucho que mentimos.

Cuentan que a Santo Tomás le dijeron una vez que un buey volaba, y salió a

verlo, y cuando todos se burlaron de él, contestó: «Es que he creído más fácil que un buey vuele, que no que un hombre mienta».

En nuestros días no es probable que pueda repetirse este caso; y no se diga que la respuesta del Santo fué artificio retórico para afear la burla y la mentira, pues ni como artificio retórico diría hoy nadie cosa semejante.

Fray Luis de Granada, que heredó sin duda mucho de la credulidad y de la sabiduría del gran maestro de su Orden, a quien se refiere la anterior anécdota, creyó multitud de cosas absurdas e inverosímiles, contadas por Plinio o por Aristóteles, o conservadas por la tradición popular. Hoy no hay nadie que crea, por ejemplo, en las extrañas propiedades del pez *tremelga*, pero tampoco hay quien sepa contar, con la ingenua sencillez con que él lo hace, el ardid del gato que «andaba por cima del lomo de una pared en pos de una lagartija, la cual huyendo dél, se metió

debajo de una teja que acaso estaba allí boca abajo. ¿Qué hizo entonces? Hizo esta cuenta: «Si meto por aquí la mano, hame »de huir por la otra boca de la teja. Pues »yo acudiré a esto.» Mas ¿de qué manera? Puso la una mano a la boca de la teja más estrecha y por la más ancha metió la otra, y desta manera, como por entre puertas, alcanzó la caza que buscaba. Pues ¿qué más hiciera si tuviera razón?»

Si Sancho resucitara sin Don Quijote, no encontraría amo a quien servir que fuese tan sencillo, bueno y sin malicia como el noble hidalgo manchego, que no toleró que Haldudo *el Rico*, el vecino del Quintanar, dijese delante de él que Andrés mentía, y cuya credulidad era tan grande, que, según decía, alabándole, su mismo escudero, un niño le daría a entender que era de día en mitad de la noche.

Pero como la *sencillez* es una cosa, y otra cosa la *simplicidad* (según se prueba por el distinto sentido que el uso ha dado a estas palabras, que antes se empleaban

indistintamente), para compensar la pérdida de la buena fe y la disminución de los crédulos, va aumentando cada día el número de los *cándidos maliciosos*, producto híbrido de las dos especies de que antes hablaba, los cuales se distinguen por no creer la verdad, y creer, en cambio, la mentira.

Estos son los que el P. Feijóo, aquel varón insigne, hoy tan olvidado, que de tantas cosas escribió y de tantas supo, retrató de mano maestra; éstos son los condenados a ser víctimas del timo de los perdigones, que no acabará hasta que se castigue severamente, no sólo al timador, sino también al timado.

Las mejores defensas contra el engaño son la honradez absoluta y la extrema sagacidad. Pocos son los que poseen una de estas dos cualidades aisladamente, rarísimos los que las reúnen. Algunas veces he oído citar a los judíos *Don Rachel* y *Don Vidas* como demasiado crédulos e inocentes, y al Cid como demasiado *astuto*, por

haberles dejado en prenda las arcas llenas de arena, y no de *oro esmerado*; pero si se examina despacio este episodio, que parece a primera vista un capítulo de novela picaresca intercalado en el venerable cantar de gesta, se verá que coincidieron la honradez del Cid y la sagacidad de los judíos. El primero pagó los seiscientos marcos, y mostró ante los segundos lo que las arcas contenían, y éstos, que cuando Martín Antolínez se las entregó cerradas notaron, sin duda, su excesivo peso, supieron acallar y desvanecer sus temores con la prudencia, en vez de avivarlos y de hacerlos ciertos con la codicia.

Sólo una gran autoridad, adquirida lenta y penosamente, puede hacer que seamos creídos y cese en los que nos oyen la desconfianza. La letra ha matado al espíritu que le comunicaba su fuego y su vida, no sólo porque los hombres mienten y engañan, sino también porque los hombres dudan y desconfían. Así como los pintores, que no pueden reproducir la claridad del

sol, suplen en sus cuadros la falta de luz con el exceso de color, todos, al ver que los que nos oyen rebajan siempre, exageramos inconscientemente, y para llegar al blanco, como el artillero del cuento, disparamos dos cañonazos en vez de uno. Hay quien *se quita años*, no para engañar a nadie, sino para que la verdad se restablezca, gracias a la media proporcional que resulta entre los que suprime el que habla y los que añade el que escucha.

Alfonso Danvila, en un artículo en que relataba una audiencia concedida por León XIII al personal de la Embajada española, hablaba del extraño y consolador efecto que le produjo oír hablar al Pontífice, en cuya boca las palabras que en la conversación corriente no tienen valor alguno, recobraban su verdadera significación, y parecían como vivificadas por una fuerza sobrehumana; yo recuerdo haber observado algo semejante oyendo hablar a D. Juan Valera—tan parco en los elogios, y tan enemigo de los lugares comunes y del entu-

siasmo irreflexivo—que por su inmenso saber y por su dominio del idioma, daba siempre la impresión justa, exacta y precisa de las cosas, y acertaba a decir lo que quería, ni más ni menos, como si, por gracia especial o por virtud de su arte incomparable, hubiera logrado redimirse del pecado original de la mentira, que se transmite de padres a hijos, confundiendo las lenguas, y haciendo que todos anhelemos que esta confusión cese, y que el espíritu de la verdad, en una nueva y universal Pentecostés, descienda en lenguas de fuego sobre los hombres.

Pero como los milagros no se repiten, y como nada hacemos porque se repitan, estaremos perpetuamente condenados a no entendernos.

El pastor de la fábula gritaba desesperadamente pidiendo auxilio, y los demás pastores no le atendían; era justo, porque muchas veces los había engañado; pero el pastor que en la realidad grita, no ha engañado a nadie, ni de nadie se ha bur-

lado. Ve que el lobo asalta el redil y devora sus ovejas, y ansía encontrar palabras y acento de sinceridad; pero los que le oyen saben que hubo un pastor embustero, y no quieren ser víctimas de un nuevo engaño. Cuanto más altas son sus voces, menos verdaderas les parecen a los demás, que se sienten hermanos, no del pastor real que pide auxilio, sino de aquellos otros que en la fábula fueron engañados. «Si lo del lobo es verdad—piensan,—porque no hay duda de que el lobo viene alguna vez, y en la misma fábula que nosotros sabemos de coro, vino, es posible que, ahuyentado de la majada del vecino, venga a las nuestras; si no vamos y se come sus ovejas, su descuido nos acreditará de cuidadosos, y si alguna vez nos descuidamos nosotros, tendrá en *el precedente* disculpa nuestra negligencia. Es más: como no estamos libres de que algún día la gula o el hambre nos cieguen, haciéndonos olvidar que somos pastores, y queramos darnos un festín con alguno de los corderos que guardamos,

bueno será que haya lobos a quienes echar la culpa. Cierta perro llamado *Berganza*, que disfrutó durante una noche del privilegio de hablar el más puro y más castizo castellano que se habló jamás, condenó estas mañas de los pastores, diciendo, lleno de admiración y congoja: «¿Quién podrá remediar esta maldad? ¿Quién será poderoso a dar a entender que la defensa ofende, que las centinelas duermen, que la confianza roba y que el que os guarda os mata?» Pero nosotros, que no somos fieles como perros, sino astutos como hombres, debemos sacar de sus reprensiones enseñanzas de bien vivir, y no creer a nuestros semejantes, sobre todo cuando piden auxilio. Como la verdad es sospechosa, bueno es sospechar la verdad».

EL PALIMPSESTO

Los que, para utilizar los viejos pergaminos, borraron lo escrito y escribieron de nuevo, no sospecharon que había de llegar un tiempo en que tuviera más interés lo que borraban que lo que escribían, y que el reactivo había de hacer surgir el primitivo texto que ellos despreciaban.

El error fué disculpable porque no procedió de vanidad, sino de ignorancia, y porque había gran escasez de pergamino.

Lo que no puede tener excusa ni justificación es que hoy, que tanta importancia damos a la Historia, cuando se refiere a tiempos remotos, despreciemos todo lo que es

reciente, y nos creamos autorizados para borrar y destruir los escritos y las obras de la generación que nos han precedido, y procuremos anular todo lo que hicieron nuestros padres.

Nada más injusto que censurar a los que siguieron la moda de su tiempo, suponiendo que era ridícula porque nos lo parece, comparándola con la de hoy, a los que, olvidando que ésta pasará como aquella, en vez de *dar lo no venido por pasado*, como aconsejaba Jorge Manrique, más locos que el loco del cuento, creemos que ha llegado la *última moda*, y que ha sonado la hora de cortar el traje que el loco, con serlo rematado, no se atrevió nunca a cortar. La última moda, o mejor dicho, LO DEFINITIVO, que es la palabra que hoy se emplea constantemente, como si esa palabra pudiera ser empleada por los contemporáneos, y como si en estos tiempos en que la humanidad cree ciegamente en su progreso ilimitado e incesante, fuera posible asegurar que existe algo definitivo.

El único criterio que puede guiarnos al pronunciar esa palabra—que para los que no somos inconscientes equivale a una sentencia inapelable,—es el criterio de la historia. Cuando un poema como la *Iliada* sigue siendo unánimemente enaltecido después de treinta siglos; cuando un libro como el *Quijote* sigue deleitando, después de tres, a propios y extraños; es cuando puede decirse que son obras definitivas, pero cuando apenas escritas y dadas a luz, sin que entre la publicación y el juicio haya mediado siquiera el espacio de tiempo que, según Horacio, debía dejar pasar el autor desde que termina una obra hasta darla a conocer, decimos *definitivamente* que es *definitiva*, no hacemos más que demostrar nuestra presunción y nuestra ignorancia.

Contrastando con esta ligereza, el más grande de los críticos, Menéndez y Pelayo, cuando murió Zorrilla, no se atrevió a dar su opinión ni a formular su juicio acerca del poeta.

Pasaron siglos antes de que los palimp-

sestos empezaran a tener importancia y a despertar el interés de los doctos, no por lo últimamente escrito, sino por lo borrado, que, por medio de reactivos, se hacía aparecer de nuevo; hoy va todo tan de prisa, que el reactivo ha empezado ya a hacer su efecto, y a algunos les parece que tiene más importancia lo de abajo que lo de encima, y que muchas cosas que se han querido dar por muertas pueden y merecen seguir viviendo.

Además, como el papel abunda extraordinariamente, hay quien empieza a sospechar si este afán por borrar lo pasado habrá sido para evitar comparaciones, *siempre odiosas*, o para hacer desaparecer las huellas y las influencias de los que en nuestra niñez y en nuestra juventud respetábamos y admirábamos sinceramente.

No deben de ir descaminados los que tal piensan, pues los que verdaderamente valen, los que disfrutan y consiguen a la vez el aplauso de la masa y la aprobación de los doctos; en suma, los que, por su mérito reconocido, pueden decir sin miedo lo que

sienten, no participan del furor iconoclasta que subleva a las medianías, y se burlan del aristocratismo intelectual y artístico «que ha sentado como criterio fundamental en sus juicios la razón inversa del mérito con el aplauso público», porque saben que está cercano el día en que no será necesario que resuenen de nuevo las trompetas de Jericó para derruir y echar por tierra las torres de marfil, o de hueso, en que algunos se encastillan, tratando de hacernos creer que es refinamiento lo que no es en realidad más que un recurso para atraer la atención del público, a quien adoran en secreto.

Nada más falso que la afirmación de que la España de hoy es radicalmente distinta de la España del desastre; yo estoy convencido, y los que lo afirman también, de que si hoy se repitieran los sucesos, los que tan duramente censuran a los hombres de entonces, repetirían las mismas faltas, incurrirían en los mismos errores y el resultado sería igualmente funesto. Nada hemos hecho por redimirnos, porque, en realidad,

no nos queremos redimir. Aspiramos a que la gente repita y ensalce nuestros nombres, no a que haga fecundas, por la aceptación y el convencimiento, nuestras ideas, porque en el fondo, estamos convencidos de que, si realmente arraigaran y se convirtieran en hechos, seríamos las primeras víctimas, y tendríamos que abandonar los puestos que ocupaban aquellos hombres abominables a quienes censuramos, y que hoy ocupamos nosotros con tanta satisfacción como provecho.

Si fuéramos sinceros podríamos parodiar la frase de César, y decir que peleamos, *no por la victoria, sino por la vida*. No queremos vencer, sino aparentar que vencemos; y cuando el combate ha sido encarnizado y el resultado incierto, nos valemos de la industria de Didio, que hizo retirar durante la noche los cadáveres de los suyos, que cubrían el campo, para que los enemigos creyesen que habían sido vencidos, y se rindieran.

Como los medios de publicación han aumentado en progresión aritmética, y en

progresión geométrica los medios de publicidad, existe una desproporción enorme entre los que conocen el nombre de un autor y los que conocen sus obras, y nada es más fácil que enaltecer o deprimir impunemente a quien nos parezca. Basta con practicar el consejo de Ovidio, dando a los defectos el nombre de las excelencias que más se les asemejen; llamando esbeltez a la extenuación y buenas carnes a la obesidad, cuando se trata de alabar, y cuando se trata de censurar, convertir en defecto la excelencia, empleando a la inversa el mismo procedimiento.

Fácil es también, afectando sinceridad y procurando emplear el tono propio de la intimidad y la confianza, hacer que el público se habitúe a considerar como famosos y conocidos a aquellos que no lo son realmente. Para que *D. Juan* o *D. Pedro* lleguen a ser populares, hace falta que sus nombres se publiquen mil veces; para que lo sean *Juanito* o *Periquito*, basta con que cien veces sean designados así, pues todos llegan

a creer que son íntimos suyos aquellos que sólo lo son, (cuando lo son) del autor del suelto o del artículo, que contribuye además a hacérselos simpáticos por la franqueza o familiaridad con que se los presenta. Y ¿quién puede hacer creer a nadie que uno, a quien no se nombra todos los días, tiene talento y es digno de atención y de alabanza? Si lo intentáis, os dirán lo que cierto muchacho atolondrado y presuntuoso dijo a un aristócrata, en cuyo palacio se celebraba un gran baile:

—Marqués, parece que hay poca gente conocida.

—Pues yo los conozco a todos—contestó el dueño de la casa.

Así, los que saben algo positiva y seriamente, conocen a todos; los que sólo saben de oídas, no; y necesitando un criterio que no pueden formarse por sí, encuentran bien todo lo que tienda a enaltecer a aquellos cuyos nombres *les suenan*, sin fijarse en si la fama es o no legítima, y, lo que es peor aún, sin distinguir de aptitudes ni de profe-

siones, creyendo firmemente, y sin admitir prueba en contrario, que el que en algo sobresale ha de servir para todo.

Así como para construir una escalera se emplean materiales duros, el que quiere subir apoyándose en los demás, busca también para escalonarlos a los más duros de mollera, que son los que siempre dan la razón al que gana. Jugaba yo una vez al tresillo en un balneario del Norte, y uno de los que formaban la partida, nos dijo:—He conocido jugadores de primera fuerza, pero ninguno como un capellán castrense a quien conocí hace muchos años. Figúrense ustedes que una noche, después de llevar varias horas perdiendo, se acercó a la mesa un señor que le estuvo mirando atentamente. El capellán siguió perdiendo hasta que se levantó la partida; el señor le llamó aparte y le dijo:

—Tengo a la disposición de usted cinco mil pesetas para que las juguemos a medias, con la condición de que usted sea el que juegue siempre.—¡Si jugaría bien el tal capellán!

—¡No jugaría mal el otro—observé yo, —cuando supo apreciar la destreza del que perdía!

¡Pobres de aquellos que creen que la gloria es algo que se pesa y se mide, y que fácilmente se concluye y se agota cuando se reparte! El que tiene conciencia de su valer no cree que nadie le estorba, sólo pide que le permitan llegar al sitio desde el cual pueda hacerse oír, sólo quiere que le oigan antes de juzgarle, y que, antes de condenarle, le juzguen. Voluntariamente se pueden renunciar los honores y las distinciones: lo que no se renuncia es la facultad de luchar en campo abierto. Cuando Alfonso *el Magno* abdicó en sus hijos, antes de encerrarse en Zamora, fué a visitar el sepulcro del Apóstol, y a su vuelta encontró en Astorga a su hijo García, que preparaba una excursión contra los moros, y le pidió encarecidamente que le confiase el mando de las tropas cristianas, porque «ya que no podía empuñar el cetro, quería por última vez blandir la espada»; García le otorgó lo que deseaba,

y, después de una campaña gloriosa, se encerró en la ciudad que se había reservado, a esperar tranquilamente el fin de sus días.

Creo que ha llegado el momento de reconstituir y restaurar lo que hemos derribado; creo que no debemos seguir ocultando lo que hace poco se escribió, y hace menos se ha borrado para escribir encima; pero, por lo mismo que afirmo y recabo para todos el derecho a la vida, pido que, antes de borrar el texto actual, para que el reactivo haga aparecer el borrado, debe copiarse con fidelidad y conservarse con esmero, y así, ni ahora ni nunca podrán decirnos que hacemos lo que censuramos.

LO IRREMEDIABLE



Convencidos de nuestra pequeñez e insignificancia, sufrimos resignados lo que juzgamos irremediable, y no empeoramos nuestra situación con la protesta y la rebeldía. La falta de esperanza, cuando es absoluta, trae a nuestro espíritu, si no la felicidad, el sosiego, y aunque no mitiga el dolor, evita la lucha. La sentencia que vió el Dante sobre la puerta del infierno, y que, leída desde fuera, le pareció, y nos parece a todos, terrible y cruel, será en cierto modo consoladora para los condenados, que si tuviesen esperanza harían más terribles sus tormentos al querer aliviarlos.

Los dolores que no podemos evitar, los sufrimos; los que creemos que se pueden remediar o disminuir, nos parecen intolerables. La resignación no es más que el convencimiento de que el mal que nos aflige no tiene remedio. Es la sentencia que se hace firme, el fallo que se hace inapelable.

Mas como la esperanza arraiga tan profundamente en nuestro corazón, que llega a formar parte de nuestro propio ser, cuando la vemos aniquilada o disminuída, sentimos que algo muere y se derrumba en nosotros, que perdemos, no algo de nuestra vida efectiva y presente, que siempre nos parece que vale poco, sino algo más grande y más hermoso que soñábamos alcanzar, y que sabemos, por instinto o por experiencia, que vale mucho más antes que después de alcanzado. Por eso consideramos de tal modo la esperanza como *nuestra*, que no nos convencemos de que la hemos perdido, y nos obstinamos en conservarla. Es un fenómeno semejante al que ocurre después de una amputación: el enfermo cree que

siente dolor en el brazo que nunca más ha de servirle o en la pierna que nunca más ha de sostenerle.

Santa Teresa dijo: «Si el mal tiene remedio, ¿por qué te apuras?, y si no lo tiene, ¿por qué te apuras?». Lo difícil es determinar cuándo nos encontramos en el primer caso, y cuándo en el segundo, porque lo más frecuente es que nuestra situación se parezca a la de D. Quijote cuando, colgado del brazo y sintiendo en la muñeca el dolor que le producía el nudo corredizo, fatigábase y estirábase cuanto podía, «bien así como los que están en el tormento de la garrrucha puestos a toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados con la esperanza que les representa que con poco más que se estiren llegarán al suelo».

Esto hace que no queramos convencer-nos nunca de que un mal sea irremediable, si lo padecemos, y que no escuchemos la sentencia dantesca como una especie de toque de queda, como algo que nos colocase

fuera del tiempo y de la vida, porque en la vida y el tiempo están nuestros amores, y porque, dígame lo que se quiera, nuestro anhelo no es anhelo de eternidad, sino de inmortalidad, es decir, que no queremos suprimir el tiempo, sino prolongarlo y seguir siendo como somos, durante años y siglos, sin envejecer y sin extinguirnos. Tan verdad es esto, que la religión, al prometer la gloria a los buenos, les ofrece, como última, completa y definitiva recompensa, no sólo la vida del espíritu, sino la resurrección de la carne.

El fatalismo, que es la forma más acabada y más perfecta de la creencia en lo irremediable, es tan contrario a la naturaleza humana, que los que lo aceptan, en vez de abandonarse en absoluto al Destino, dejando pasivamente que se cumpla, tratan de resistir y de luchar oponiéndose a sus decretos. Layo entregando a sus pastores a Edipo recién nacido para que le maten, y Basilio encerrando en una torre a Segismundo, prueban que no creen por completo ni por

completo niegan el poder del Hado o el influjo de las estrellas. El instinto de conservación les hace tratar de defenderse, procurando evitar lo que juzgan inevitable.

Ese instinto, certero y poderoso, es el que engendra en nosotros la seguridad de que la propia esperanza y el propio anhelo son fuerzas poderosas cuyo alcance no conocemos, y que, por lo mismo, nos parecen inmensas. Por eso los fatalistas procuran oponerse al Destino, y los que se jactan de conocer la naturaleza, pretenden en los casos supremos eludir las leyes naturales, y Layo cree que el enemigo no es el Destino, sino Edipo, y Basilio acaba por convencerse de que sus verdaderos enemigos han sido su propia credulidad y su vana sabiduría; y, a pesar de supersticiones, sortilegios, horóscopos, encantos, embrujamientos y maleficios, el buen sentido de nuestro pueblo, creando el proverbio de más sana y más profunda filosofía, afirma y repite una y mil veces que *todo tiene remedio, menos la muerte.*

Es que la esperanza, aniquilada y vencida, cobra nueva fuerza y nuevo brío al contacto de la realidad, que es su madre, es que en medio de nuestro dolor y de nuestro anhelo nos parece eludible toda ley, revocable todo fallo, y apelable toda sentencia; es que cuando nos convencemos de que no hay remedio para el mal que nos atormenta, porque hemos intentado todas las resistencias y agotado todas las energías e interpuesto todos los recursos, todavía pedimos al rey el indulto y a Dios el milagro, últimos y supremos refugios de la esperanza en lo humano y en lo divino.

Todo esto es indudable; pero ¿quién puede negar que seríamos más dichosos si supiésemos fijar los límites—no teóricos ni definitivos, sino actuales y prácticos—que separan lo remediable de lo irremediable, y tratásemos de corregir lo primero, y procurásemos aceptar lo segundo con resignación y con valentía? Si así lo hiciéramos, si con sinceridad y buena fe nos señalásemos nuestra misión y nuestra tarea, y procurásemos

cumplirlas, aliviando las miserias y los dolores que pueden aliviarse, tendríamos la satisfacción de no haber sido inútiles; y si, en vez de tratar de rebelarnos, nos convenciéramos de que muchos males, aunque tengan remedio, no podemos remediarlos nosotros, aprovecharíamos las enseñanzas del dolor, recordando otro proverbio que asegura que *no hay mal que por bien no venga*, que sólo es aplicable a aquellos casos en que el mal se acepta, y a aquellos hombres que se convencen de que es inútil la lucha y temeraria la resistencia.

Hoy más que nunca es necesario hacer lo que digo, porque, como a medida que las ideas de igualdad entre los hombres se han ido extendiendo, y se han llevado a la práctica, inspirando las leyes y modificando las costumbres, son más los males que creemos posible remediar, y crece, por consiguiente, la esperanza, y con ella el desasosiego, y la impaciencia, siendo cada vez menores el sufrimiento y la resignación. Cada vez advertimos con más claridad que muchos de

los males que padecemos no son consecuencia del modo de ser esencial y permanente de las cosas, sino de sus accidentales imperfecciones, porque como ha dicho recientemente un escritor ilustre, «lo que envenena la vida no es el mal con sus horrores, ni lo perverso con sus crímenes, es lo chico, lo ruin, lo mezquino y lo necio». Por lo tanto, cada pequeñez, cada ruindad, cada insignificancia y cada tontería que se combatan y se extingan, será la causa de la extinción de un mal enorme, y como lo pequeño produce lo grande, será, no sólo más radical, sino hasta más fácil atacar el mal en su origen que en sus consecuencias; más radical, porque lo que en germen se destruye, nunca brota; más fácil, porque todos, por pequeños y por humildes que seamos, podremos tomar parte en esa obra de redención que antes parecía reservada a los genios, a los mártires y a los héroes.

Esto es verdad; pero como lo remediable no es lo remediado, hay en momentos como el presente un gran desequilibrio originado

por la diferencia entre lo que creemos que puede hacerse y lo que hacemos, y entre lo que concebimos y lo que logramos, que será indudablemente signo de vida, pero que es también causa de malestar, de inquietud y de agitación. El que haya recorrido las llanuras de la Mancha, viendo con toda claridad el pueblo a que se dirigía, pero sin acabar de llegar a él, comprenderá lo que quiero decir. La impaciencia de los que padecen y el optimismo de los utopistas, y más aún la mala fe de los explotadores de panaceas, han hecho que muchos de los que antes vivían resignados y quietos, acostumbrados a su dolor, al abrir los ojos de improviso, no se den cuenta de que el pueblo, término del viaje o a lo menos de la jornada, se ve, no por su proximidad, sino por la claridad del ambiente y por lo llano del terreno, y que creyendo que el mal que apenas sentían, porque la costumbre le había hecho llevadero, va a curarse de improviso, atribuyan su antigua resignación, no a virtud, sino a cobardía, conviertan en odio su con-

formidad, y sientan la impaciencia de aquellos que, según la frase de Solís, *llegan con la esperanza donde antes no llegaban con los deseos.*

LOS POSEEDORES POSEÍDOS

Hace ya bastantes años que en una noche de fiebre soñé lo que voy a contaros.

Después de caminar horas y horas por un arenal, abrasado por la sed y rendido por la fatiga, descubrí a lo lejos una arboleda y llegó a mis oídos el rumor de agua. La esperanza me prestó fuerzas para seguir andando, y llegué a un jardín hermosísimo—oasis en medio de aquel desierto—que estaba circundado por una verja cuyas barras eran tan espesas que sólo dejaban paso a la mirada, y tan altas que sólo podían escalarse con el deseo.

Rodeé varias veces el jardín, y no pude hallar entrada, puerta ni abertura; mas como al través de la verja podía admirar la hermosura de los árboles y de las flores, y oír el rumor del agua que corría, cada vez era más vivo mi deseo de penetrar en él.

La sed que realmente sentía, porque la calentura me abrasaba, hizo que el ensueño se convirtiese en pesadilla, y que con ansia girase una vez y otra en derredor de la verja que me cerraba el paso. Pero, a cada vuelta, mi ansiedad aumentaba y me parecían más insoportables mi cansancio y mi angustia; no sin motivo, porque la verja era cada vez mayor, y los árboles más corpulentos y más frondosos, y los rumores del agua más solemnes, y más blancas y más abundantes sus espumas.

Y la verja siguió creciendo, y el jardín se hizo espesura, y la espesura bosque, y el bosque selva, siendo cada vez más atractiva y más tentadora su hermosura; y el agua, que cada vez se despeñaba desde más alto, se hizo cascada, y la cascada catarata,

y su murmullo rugido, sin que tanta grandiosidad ni tanto estrépito me acobardase ni me ensordeciese, y sin que la hermosura al trocarse en sublimidad, me dejase anonadado ni suspenso.

Y seguí con afán buscando entrada sin hallarla, y la verja siguió creciendo, siempre infranqueable, y llegó a convertirse en un círculo máximo de la tierra, cuya forma podían abarcar mis ojos sin reducir ni empequeñecer su grandeza.

Y la selva gigante, después de cubrir un hemisferio, amenazaba cubrir toda la tierra....., y como la verja no podía crecer más, empezó a reducirse y a estrecharse, apareciendo ante mi vista, no cóncava como antes, sino convexa. Entonces siguiendo la lógica disparatada del sueño, creí que la había traspasado por fin, y sentí una inmensa alegría....., pero no gozaba de bienestar ni de frescura, ni la sombra me confortaba, ni el agua mitigaba mi sed, ni sentía bajo mis plantas la firmeza del suelo, pues aunque el arenal, antes inmenso, disminuía,



siempre había arena bastante para que mis pies se hundiesen.

El círculo de hierro siguió estrechándose más y más, y, como antes buscando entrada, le recorrí ansioso buscando salida; hasta que al fin, cuando la verja se hizo prisión y los barrotes amenazaban oprimirme, agoté mi energía en un esfuerzo supremo, y lancé un grito de angustia que me despertó.

Han pasado los años, y la realidad me ha hecho más de una vez recordar mi pesadilla, y creer que, sin necesidad de poseer la ciencia de los magos y sin tener la sagacidad de José, podría fácilmente interpretarse, mejor que si hubiese sido provocada por los filtros y las ceremonias del antro de Trofonio.

Parece que los hombres—que en la posesión de lo que anhelamos, ciframos nuestra felicidad y nuestra ventura—estamos condenados a no poseer las cosas y a ser poseídos por ellas.

Cuando, orgullosamente, nos decimos poseedores y dueños de lo que deseábamos y hemos conseguido, tenemos que recono-

cer, si somos sinceros, que hay algo que escapa a nuestra posesión y que se resiste a nuestro dominio, porque el poseer las cosas no es violentarlas ni someterlas, es hacerlas propias, asimilándonoslas y consiguiendo que sean nuestras, como lo es la sangre de las venas, o siquiera como lo es el agua del cauce por donde corre, procurando apoderarnos, no de lo superficial y transitorio, sino de lo esencial y permanente, sin pretender el monopolio, la exclusiva ni el privilegio, sin confundir lo mercantil con lo afectivo, ni lo que es anhelo con lo que es granjería; porque, precisamente, cuando las cosas son inapropiables, es cuando con toda verdad podemos decir que son nuestras, porque nuestras se hacen por ley de amor y no por derecho de conquista. El *jus abutendi* no es la nota característica de la posesión, sino de la tiranía. La jaula, el harén y la ergástula, prueban que el que parece su dueño no posee el pájaro, la mujer ni el esclavo. Y no los posee porque aunque disfrute de su canto, de su hermosura

o de su trabajo, al privarles del vuelo, del amor y de la libertad, ha convertido al pájaro en instrumento, a la mujer en estatua, y al esclavo en máquina.

Pero hay más todavía. Dijérase que en castigo a la violencia ejercida por los poseedores, la privación de libertad que imponen a todo lo que poseen, se convierte no en aumento, sino en disminución de su propia libertad, y que todo lo que en apariencia se les somete, los esclaviza en realidad, haciéndoles perder la tranquilidad y el sosiego, pues como sólo se apoderan de lo superficial y de lo externo, temen, con razón, perderlo, y el propio interés les impone la servidumbre del temor y el censo de la vigilancia.

La causa principal del desencanto y de la desilusión que sentimos cuando llegamos a alcanzar lo que pretendíamos, es que antes de poseerlo lo deseábamos con anhelo de amantes, y después lo miramos con codicia de dueños; que antes poníamos todo nuestro afán en poseerlo, y después en que no lo posean los demás; que antes lo amá-

bamos por su hermosura, y después lo estimamos por su utilidad, y la utilidad podrá satisfacer nuestras necesidades, pero no puede colmar nuestros deseos.

Si un hombre inteligente en pintura va al Museo del Prado, hará suyos los cuadros de Velázquez, porque mejor que nadie sabrá gozar de sus bellezas, y mejor que nadie admirar los aciertos del maestro; pero si uno que no sea capaz de comprenderlos ni de sentirlos, posee un cuadro de Velázquez, no podrá hacerle suyo..... más que de un modo: vendiéndolo, para poder aprovechar su hermosura al *traducirla* al único idioma que entiende.

Y aun en este caso sólo podrá *poseer* verdaderamente lo que a cambio del cuadro le entreguen, si estima el dinero como medio y no como fin, pues, así como el cuadro no puede en realidad ser poseído más que por el artista, capaz de admirarle como obra de arte, tampoco la riqueza es riqueza para el que al apreciarla se equivoca y la convierte en objeto de amor y de adoración, porque el

que la considera como fin, la inutiliza y se ve poseído por ella, renovándose la fábula de Midas, que despreció el canto de Apolo, y creyó que el oro bastaba para la felicidad en la tierra.

Es más fácil lograr que los demás no se aprovechen de lo nuestro, que poseerlo realmente; para lo primero basta una llave, para lo segundo hay que hacerse capaz de seguir el precepto de Cristo, que prometió a los que no tienen ira, ni ambición, ni codicia, la posesión de la tierra como señores de sí mismos.

EL TECNICISMO



Entre los muchos vicios que en el siglo XVIII se generalizaron figura el abuso del tecnicismo, empleado, no ya entre aquellos que están obligados a conocerlo, sino entre los que, ni por su profesión ni por su cultura tienen motivo ni obligación de entender lo que se dice, cuando no se dice en la lengua de todos. Como hoy, desgraciadamente, nos hemos propuesto como modelo el citado siglo, que es el más antipático de la Historia, el vicio de que hablo se va generalizando también, con grave perjuicio de los que leen, y hasta de los que escriben,

que se alejan cada vez más de sus lectores, y que se ponen en ridículo ante los que son verdaderamente sabios o siquiera discretos.

Muchas de las extravagancias del dómine de Villaornate, maestro del famosísimo Fray Gerundio de Campazas, han resucitado en los tiempos modernos, y cada día es más difícil encontrar naturalidad, sencillez y claridad en los escritos.

Todo se ha democratizado menos la ciencia, que cada vez se presenta más rodeada de aparato, como si los mismos que fingen querer divulgarla, lo que se propusieran no fuera más que darse tono y lograr que sueñen sus nombres. Enseñar consiste en hacer llano, accesible y claro lo que a primera vista nos parecía difícil, intrincado y obscuro: no consiste en imprimir nuestras ideas, como con un sello en la mente del discípulo, sino en hacer que su inteligencia se despierte, adquiera vigor y robusted, y llegue a convencerse de que no existe el abismo que él supone entre la ciencia y

la vida, y que el encasillado de clases y asignaturas no es reflejo de la realidad, sino consecuencia de la limitación de nuestras facultades. Esto es indudable, y todos lo reconocen en teoría; pero en la práctica se hace todo lo contrario: el niño que, ansioso de saber, como todos los niños, rompe los juguetes mecánicos, para ver lo que tienen dentro, y que manifiesta su curiosidad ante el mundo y la vida que le sorprenden, en multitud de preguntas, tan sencillas y candorosas como difíciles de contestar, empieza sus estudios. El velo va a descorrerse, el misterio va a aclararse, la curiosidad va a ser satisfecha..... Pero el desdichado se encuentra con que lo que le ofrecen es una lista, que hay que aprender de memoria, en que están todos los partidos judiciales de España, o el número de habitantes o de kilómetros cuadrados de todos los países del mundo, o varios centenares de nombres de escritores de primera, segunda..... y hasta de sexta fila, sin olvidar el título de ninguna de sus obras.

Campoamor, que era más filósofo que la mayor parte de los que orgullosamente se titulan así—porque el tiempo y el uso han hecho que el nombre que a sí mismo se dió Pitágoras, por modestia, sea tan ambicioso como el de *sophos* lo fué en su tiempo, —decía que no había que explicar lo claro por lo obscuro, que es lo que hacen casi todos los que enseñan. La forma de presentar el problema hace que éste se resuelva o no se resuelva. Preguntáis a un niño de siete años: «¿Quién es el padre de los hijos del Zebedeo?», y el niño no sabe qué responder; pero si le preguntáis a uno de cuatro: «¿Quién es el padre de los hijos de D. Juan?», os responde sin vacilar: «¡D. Juan!» ¿En qué consiste esto? ¿En que es más fácil la segunda pregunta que la primera? No; consiste en que en la primera pregunta hay un nombre desconocido y retumbante que desorienta al niño y que no permite que su inteligencia funcione; en que lo raro del nombre no le deja ver la sencillez del problema.

Pues este mismo efecto perturbador es el que ejerce el tecnicismo sobre la inteligencia y la voluntad, no sólo de los niños sino de los hombres, porque la palabra altisonante y desusada les hace creer que la idea que contiene ha de ser difícil de entender, y esto engendra cierto temor y cierta repugnancia, que no todos son capaces de vencer, porque no todos comprenden por sí mismos que, como decía Cascales, refiriéndose a las obras de Góngora, en la mayoría de los casos, *nos atan al banco de la obscuridad sólo palabras*, y que, por lo tanto, para llegar al fondo del problema, hay que despojar las ideas de la máscara—o, mejor dicho, de la *persona*—que las encubre, y esto no puede hacerse sin sentir la sorpresa de Sancho, y exclamar, burlándonos de lo que antes respetábamos por misterioso: «¡Ta, ta! ¡Conque la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, por otro nombre Aldonza Lorenzo!....»

Tenemos tanto miedo a ser vulgares, a

parecernos a todo el mundo, que hasta nos reimos de los más insignes vulgarizadores de la ciencia, diciendo que su labor no es seria ni verdaderamente científica, como si los que son capaces de realizarla, que son, desgraciadamente, muy pocos, ofendiesen nuestra *sabiduría* al tratar de hacer comprensible y llano lo que es abstruso y difícil, y como si vulgarización y vulgaridad fuesen lo mismo.

Precisamente en naciones como España, donde la cultura está poco extendida, la obra de estos hombres les hace dignos del aplauso que los envidiosos les regatean y los pedantes les niegan; porque nadie empieza por amar lo que se presenta rodeado de oscuridad y de aparato, y porque la claridad, la amenidad y el interés, no son incompatibles con la verdad, cuyo prestigio ha de buscarse en la verdad misma, y no en el culto esotérico que fijamos tributarle. Por vivo y por intenso que sea el fuego que arda sobre el ara, si no penetra en el santuario la

luz del sol, todo serán en él tinieblas y sombras.

Los que inventan y rebuscan palabras altisonantes y términos raros, que emplean mientras no se generalizan y que, en cuanto son entendidos, sustituyen por otros nuevos, quieren hacer del idioma, no un medio de comunicación, sino un privilegio, y, por un egoísmo mal entendido, se condenan a perpetuo monólogo.

Recordemos que cuando España era grande y poderosa—no en el siglo XVIII, sino en el XVI,—los hombres más ilustres escribieron sus obras en *lengua vulgar*, y que, arrostrando a veces peligros y persecuciones, pusieron al alcance de todos la más alta filosofía, en aquellos libros, gloria de nuestras letras, que se llaman *Los nombres de Cristo*, *El Castillo interior* o la *Guía de pecadores*.

Seamos, pues, sinceros, claros, sencillos. No tratemos de parecernos al *eucaliptus*, árbol que sólo tiene nombre científico, ni a los Arcades de Roma, que cambiaron los

suyos por los de *Flumisbo*, *Batilo* o *Inarco*; y no mostremos demasiado afán por dedicarnos a estudios superiores, porque, en realidad, lo que necesitamos son estudios elementales.

LA RIVALIDAD



Hace veinticinco años turnaban pacíficamente en el poder Cánovas y Sagasta, escribían versos Campoamor y Núñez de Arce, representaban dramas y comedias Calvo y Vico, y mataban toros *Lagartijo* y *Frascuelo*.

Políticos, poetas, actores y toreros reconocían la superioridad de estos hombres extraordinarios, cada uno de los cuales debía a su rival, tanto como su mérito, la fama y la popularidad de que disfrutaba, porque la empeñada y constante emulación no les permitió descansar sobre sus laureles,

ni desfallecer un instante, y porque el apasionamiento de sus partidarios provocó, como reacción natural, el de sus detractores, y siempre eleva y enaltece más la censura violenta que la alabanza desmedida.

Cada uno de ellos, cuando en las Cortes, en el Ateneo, en el Español o en la Plaza, disputaba a su rival la victoria, siempre indecisa, sabía que muchos iban dispuestos a ensalzarle, y muchos a deprimirle, pero que todos—amigos y enemigos,—interesados en la lucha, habían de prestar atención a sus hechos y a sus escritos, a sus gestos y a sus palabras, y como el poder de la atención es tan grande, y como todos ellos tenían condiciones para triunfar, ocurría muchas veces, por ejemplo, que los lagartijistas se dejaban arrebatarse por el valor de *Frascuelo*, y que los frascuelistas se veían obligados a aplaudir sin reservas la maestría y el arte de *Lagartijo*.

Hoy no ocurre esto: la lucha que sigue siendo encarnizada, no es singular como entonces, y el público que aclama al triun-

fador, no presencia los incidentes del combate, ni estimula a los combatientes con su interés ni con su aplauso. Puede decirse que el *concurso* ha sustituido a la *oposición*, y que la verdadera rivalidad no existe, pues ahora en vez de aquel duelo constante, de aquella pelea cuerpo a cuerpo, en que el brazo se ejercitaba y el pecho se fortalecía— porque tenía quizá más de esgrima que de combate,—se lucha sin saber con quien, en la vida como en la guerra.

Casi siempre ignoramos quiénes son nuestros enemigos y quiénes nuestros bienhechores. No podemos por tanto, ser rencorosos, pero tampoco podemos mostrarnos agradecidos. Un poeta moderno ha dicho en una admirable composición que tiene el tono y el arrebató de una plegaria:

«¡Haz a los hombres—no sé a quiénes—
Que me devuelvan mi alegría!»,

y algo semejante podríamos decir todos.

Sé que he de luchar, pero no sé con quien.
Ni el odio ni el amor nos unen ni nos apro-

ximan. *Mis enemigos no son los de mi oficio.* No sé quiénes son ni dónde están, aunque sé que los tengo. No puedo vencerlos, ni despreciarlos....., ni amarlos, cumpliendo el precepto evangélico por virtud..... o por egoísmo, pues los enemigos, *esos maestros a quienes no pagamos*, como alguien los ha llamado con razón, cuando son declarados y luchan a la luz del sol, nos favorecen más que nuestros amigos, y les debemos gratitud, si no por lo que intentan, por lo que consiguen, pues como dijo profundamente Castelar: «¡Pobre de aquel que no es amado en la vida privada ni odiado en la vida pública!»

Quizá la vida sea cada vez más difícil porque los enemigos y los rivales se ocultan cada vez con más arte, y porque hoy nadie se arrebatata ni se apasiona. Lo que parece entusiasmo es táctica, y más que con el corazón, se combate con la inteligencia.

A la lucha entre iguales—rivalidad—ha sustituido la lucha entre desiguales: jóvenes contra viejos, pobres contra ricos..... Los

que pudiéramos llamar *intermediarios* o neutrales, en vez de unir, separan, algo así como si los individuos de la *Cruz Roja*, valiéndose de su inmunidad, disparasen contra los dos ejércitos en vez de socorrer a los heridos y de enterrar a los muertos. Cada uno tiene que luchar con todos, y como no es posible el triunfo cuando se combate contra muchos, sólo vencen los que se valen de la industria del único Horacio que salió vivo del primer encuentro con los Curia-ceos, y que, apelando a la huída, logró convertir un combate contra tres, en tres combates singulares.

No es de extrañar que echemos de menos la rivalidad de otros tiempos, pues la lucha entre iguales tiene la ventaja de ser noble siempre, y de despertar la emulación, que es fecunda y es buena, en vez de la envidia, que es estéril y es mala. En la lucha desigual siempre hay traición o alevosía. Dos navajas pueden esgrimirse con tanta hidalguía como dos espadas, pero siempre será innoble la lucha de la espada con la

navaja. D. Quijote, al tratar como si fuesen caballeros a los que no lo eran, para poder luchar con ellos, dió un altísimo ejemplo de generosidad y nobleza; pues el que recoge el guante que el inferior le arroja, le honra más que el que le obsequia y le agasaja.

En la lucha, cuando es pública, se acendra y se fortifica el carácter, y la personalidad se define y se robustece. Cada uno de los rivales se siente investido de una dignidad superior y de una representación altísima, que hace que lo individual y lo colectivo se fundan y se identifiquen.

Además, cuando el combate es sostenido, el enemigo nos muestra en cierto modo el camino que debemos seguir, sin riesgo de caer en el amaneramiento y en la exageración en que caen fácilmente los que sólo por su vanidad y por *su público* se guían, pues en este caso todo triunfo representa una abdicación por parte del autor, y toda alabanza una recompensa por parte del público.

Los rivales, cuando son dignos de serlo,

como los hombres a quienes cité al principio, al combatir incesantemente por el triunfo, que nunca del todo consiguen, presentan ante sus contemporáneos una contradicción, que los venideros convierten en un dilema, al reconocer ampliamente su valer y su gloria. Así como Homero inmortalizó a la par a Aquiles y a Héctor, la fama consagra los nombres de los que supieron luchar, y las obras de los que fueron capaces de realizarlas.



LOS MIRONES



a dicho un ilustre escritor que por cada uno que hace algo, aunque no sea más que jugar al tresillo, hay cuatro mirones.

Ya sentados, fijos e inconmovibles, como *pedras angulares* de la mesa; ya en pie, formando círculo, balanceándose y poniéndose de puntillas, asediando a los jugadores, viendo diez y ocho cartas en vez de nueve, discutiendo y censurando las jugadas, y sin arriesgar nada en la partida, son los mirones, no sólo para el tresillo, sino para otras cosas más importantes, lo que el muérdago para la encina.

Representan el peso muerto, que es siempre mayor que el peso vivo, la planta parásita que ahoga la planta útil, la parra que se enlaza al árbol, la yedra que se sostiene en el muro, el adjetivo que no puede ir solo y busca el arrimo del sustantivo.

Ver hacer es para muchos tan entretenido y agradable como hacer, y el que se dedica a mirón, como si el mirar fuese un oficio, llega a creer que interviene cuando perturba, y que dirige cuando estorba.

Hay hombres que, como los líquidos, no tienen más forma que la de la vasija que los contiene, y que se parecen a los sellos en que, para ser algo, han de pegarse y adherirse, perdiendo su libertad y su independencia, y siguiendo, con interés las vicisitudes de lo que no les interesa realmente, poniendo toda su atención en los negocios ajenos y olvidando y desatendiendo los propios.

Pasa un regimiento por una calle, y los chicos delante, mezclándose con los gastadores, y los hombres detrás, más respe-

tuosamente distanciados, pero llevando el paso y aun *haciéndolo*, va siempre acompañándole una nube de desocupados, o de despreocupados que llegan tarde a la escuela, a la oficina o al taller, y cuya accidental y entusiasta marcialidad desaparecería, como por encanto, si el regimiento, en vez de ir al relevo, tuviese que ir a atacar una posición.

Estalla uno de los pneumáticos de un automóvil, y mientras el *chauffeur*, cubriendo el traje de paseo con el de brega, se dispone a reparar la avería, una verdadera multitud le cerca y le sofoca, porque no hay espectáculo más divertido que el de un hombre que, tirado por el suelo, infla con una bomba una cámara de aire.

Se espanta un caballo, y, resistiéndose a seguir, se planta y se encabrita; y por si el jinete no tuviera bastante con las empuñadas, se ve condenado a sufrir las miradas de los curiosos, que, formando un círculo bastante más ancho que en la escena anterior, le obliga a veces a romperse una piedad para no quedar mal, porque el público

que no paga se desquita en la calle de lo que aplaude en el teatro cuando forma la *claque*, y silba casi siempre.

Se agarran dos mujeres por el moño, y allí están los mirones para azuzarlas; corren las bombas, y detrás de ellas van los mirones, no para echar agua al fuego, sino para estorbar a los que pueden y deben apagarlo, para *calcular* las pérdidas materiales, o para *lamentar* las desgracias personales, si es que las hay; hablan dos novios por el balcón o por la reja, y se convierten en mirones todos los que pasan por la calle. No hay boda, bautizo, fiesta, entierro, pendencia, llegada o despedida, que no tenga un público numeroso, formado por gentes que desconocen o desprecian el consejo de *Urganda la Desconocida*,

«Que en lo que no va ni vie-
Pasar de largo es cordu-»,

y que por inconsciencia, por ignorancia o por capricho, ejercen casi siempre una influencia enojosa y perturbadora.

Sería curioso estudiar, como ahora se dice, la psicología del mirón. Como ensayo me atrevo a señalar las siguientes características.

El mirón convierte en espectáculo, y por lo tanto en entretenimiento, todos los acontecimientos prósperos y adversos, sin que su índole o sus resultados varíen ni alteren su satisfacción y su regocijo.

Se interesa, por amor al arte, y no por interés material, en los casos que presencia, de tal modo, que yo recuerdo haber sido testigo del siguiente hecho en el Casino de una histórica ciudad española. Habían terminado todas las partidas de tresillo, y sólo una, de la que yo formaba parte, seguía con el afán de concluir, porque estaba enredada. Uno de los mirones, cuya profesión justificaba una llamada urgente, fué avisado por un camarero. «Que voy enseguida», contestó, y siguió *mirando*. Pasó un cuarto de hora, y recibió el segundo aviso, y, queriendo evitar el tercero, dijo muy serio: «¡Que no puedo ir, porque hay puestas!»

Se interesa por uno de los jugadores, y se alegra cuando su protegido saca un solo malo por endose, cuando le sale bien una vuelta, y, sobre todo, cuando le da codillo a otro, sin que se entristezca cuando se vuelven las tornas, porque lo achaca a no haber seguido sus consejos.

No deja nunca de preguntar cuál es el *palo de favor*. Cuando no se trata de juegos, también lo averigua, para ponerse a tono, y aplaudir y alabar lo que está de moda, aprovechando el viento que sopla, quedando bien con los que influyen y mangonean, y buscando en el capricho de los demás un *criterio* seguro e infalible para admirar solamente *lo que se lleva*, pues suele parecerse a aquel personaje de *Los Galeotes*, que era capaz de *pegarse por Cervantes*.

— Predice... y acierta generalmente, porque está más sereno que el jugador, porque ve más cartas y porque es irresponsable y puede cambiar de opinión, pues no tiene en la mano naipes que le obliguen.

Suele ser un jugador fracasado o uno que

no puede jugar. Hay casos, sin embargo, en que el mirón no sabe una palabra del juego que presencia, como ocurrió en cierta ocasión en que un tresillista dijo al mirón que tenía al lado: «¿Quiere usted hacerme el favor de coger un momento mis cartas, porque tengo que salir?». «Dispéñseme usted, contestó el mirón, pero no entiendo este juego».

Este es el caso del mirón forzoso, del que por timidez o por vergüenza disimula su ineptitud, fingiendo que se interesa en lo que no comprende, y aparentando que ve tanto como mira. Flaubert presentó al infeliz Bobary como mirón de esta clase, obligado a ver jugar al *ecarté* durante tres horas, sin entender una palabra de tal juego, mientras su mujer bailaba y sentía *pegársele* al alma algo de la riqueza y de la suntuosidad de la vida del gran mundo, como se pegaba a la suela de sus zapatos algo de la cera del entarimado, en que suavemente se deslizaba, impulsada y sostenida por su pareja. Muchos siglos antes, Homero había

presentado a los ancianos de Troya, que desde lo alto de una torre vieron pasar a Helena, de cuya belleza, que la hacía igual a las diosas, sólo como mirones disfrutaban.

Lo que, sobre todo, distingue y caracteriza al mirón es su cualidad negativa; por eso, al juntarse, no forman público, ni auditorio, ni nada que sea fecundo, porque la suma de lo negativo nada vale; son como el coro de la zarzuela o la ópera (ridículo siempre, a no ser en el drama lírico wagneriano), y sería inútil pretender que cumplieren el conocidísimo precepto de Horacio respecto al de la tragedia, porque no sostienen a nadie, ni a nadie estimulan, y porque, en vez de representar la conciencia colectiva, representan la crítica infecunda y estéril, que sólo en los defectos y en las imperfecciones se complace. Perpetuos censores de los actos ajenos, con la maldita curiosidad inquietan, perturban y quitan facultades, luz y hasta aire para respirar, a los que hacen o quieren hacer algo. Unos figiendo ayudar y estorbando, y otros ayudando a

caer, confirman aquella sentencia de Séneca: «Toda desdicha sería tolerable si no la agravase la opinión ajena».

Hoy más que nunca se extiende el mal que lamento, ya que los espectadores se convierten en mirones, porque la falsa cultura, favorecida por la prensa, y la falsa actividad estimulada por el *reclamo*, impulsan a los hombres a fingirse actores de los sucesos que presencian, y a desempeñar con orgullo hasta el ridículo papel del payaso que ayuda en los circos a poner y quitar la alfombra.

Hoy más que nunca nos sentimos todos, grandes y chicos, molestados por la curiosidad indiscreta y hostil de los que son incapaces para comprender las verdaderas causas de nuestros actos, y se obstinan en no escuchar nuestras explicaciones o nuestros descargos. Y no sólo aumenta sin cesar el número de mirones de todas clases, sino que la publicidad, de que tanto se abusa, permite que ejerzan a distancia, desde donde la vista material no alcanza, su

molesta e inquisitiva vigilancia sobre todo el mundo.

Trabajemos, si podemos trabajar, o juguemos si no servimos para hacer otra cosa; pero juguemos todos, y si, después de dividirnos en grupos para formar partidas, hay alguno que se quede de non y que no tenga con quien jugar, que le den también una baraja, y que se ponga a hacer solitarios.



REHABILITACIÓN

Lo he leído con extraordinaria alegría. El público del Ateneo, suggestionado por la elocuencia de uno de nuestros más insignes oradores, que evocó la figura del gran Quintana, al oír unos versos de la oda *A Española, después de la revolución de Marzo*, prorrumpió en entusiastas aclamaciones y aplaudió frenéticamente, rindiendo un doble tributo de admiración a la memoria del insigne poeta y a la elocuencia del gran orador que, con la magia de su palabra, realizaba el milagro de hacer surgir, viva y palpitante, la gloriosa figura del cantor de

la Imprenta, tan maltratado y zaherido en estos últimos tiempos por los que se empeñan en imponer sus opiniones y en hacer resaltar su personalidad, achicando todo lo que es grande, respetable y glorioso.

Digna y magnífica ha sido la rehabilitación del gran Quintana, llevada a cabo por López Muñoz, y yo, al hablar de ella en estas líneas, lo hago porque me parece un síntoma de salud, de vigor y de renacimiento.

Nada más perjudicial para un pueblo que el olvido de sus tradiciones y de sus glorias, y ninguna intransigencia más odiosa y más inmotivada que la intransigencia literaria. Se comprenden, aunque no se justifiquen, la intolerancia política y la religiosa, pero la literaria no puede en modo alguno explicarse ni comprenderse.

Si Quintana fué, como dijo Menéndez y Pelayo, poeta de una sola cuerda, no hay razón para despreciarle en nombre de una crítica *de una cuerda* también, estrecha y apocada. Si cultivó el único género que podía cultivar, y si alcanzó la

suerte de tener un auditorio de héroes, y de renovar en los tiempos modernos los prodigios realizados por los poetas que vivieron en edades más espontáneas y entusiastas, logrando hacer populares sus cantos, no porque se rebajase hasta la muchedumbre, sino porque ésta se elevó, por sentimiento y por instinto, hasta la altura del poeta, hizo cuanto podía y cuanto debía hacer, y sean las que sean nuestras ideas, todos debemos respetar su nombre y su gloria, y en vez de llamarle *poetastro* y *cantor de las pústulas de la ternera*, procurar, al juzgarle con crítica amplia, imparcial y desapasionada, que señale a la par sus excelencias y sus defectos, reconocer que no es por culpa del poeta, sino por culpa de nuestra postración y abatimiento, por lo que no encuentran eco en nuestro corazón los acentos viriles y solemnes de su lira de bronce.

Hoy parece que vamos rectificando, y que el público de verdad—que se emancipa más cada día—empieza a vengar a los grandes autores de los agravios de la crítica, y

del menosprecio y del olvido en que transitoriamente cayeron su nombre y sus obras.

La nueva generación será sin duda más justa, y es de esperar que llegue pronto el día en que todos podamos entendernos. Hoy Quintana, tal vez mañana Tamayo, Ayala, Núñez de Arce, Tassara, Ferrari, Palacio y tantos otros, cuyas obras son casi en absoluto desconocidas de los jóvenes, volverán a tener en nuestra admiración y en nuestro respeto el lugar que les corresponde, y en medio de la vertiginosa rapidez con que hoy todo pasa y desaparece, la lectura de cada una de esas obras será una revelación y una sorpresa.

Los que de niños aprendimos, para no olvidarlos jamás, los cantos de Quintana y Gallego, los poemas de Campoamor y Núñez de Arce, las rimas de Bécquer y los sonetos de Ayala, y fundimos en nuestra admiración y en nuestro entusiasmo, ideas y sentimientos diferentes por su origen, alcance, pro-

fundidad y tendencia, pero que igualmente nos conmovían e impresionaban, por la forma magistral de que se revestían; los que, sin ser viejos aún, vamos dejando de ser jóvenes, sentimos que algo nuestro renace a nueva vida, cuando alguien tiene bastante autoridad y bastante elocuencia para imponer a la admiración de un público ilustrado, aunque olvidadizo, lo que ese mismo público solía mirar con desvío e indiferencia.

Es preciso reconocer, aunque nos duela, que no son los extranjeros los que deprimen nuestras glorias, sino nosotros mismos, que, por seguir la moda y por adular a los que tienen fama, poder o valimiento, fingimos despreciar lo que desconocemos, o lo que a solas y en la intimidad nos deleita o nos entusiasma.

Ya que sea difícil acabar con el caciquismo político, acabemos con el caciquismo literario, mucho más fácil de destruir, pues para lograrlo basta querer y ser sinceros.

Si elevamos nuestro espíritu, nuestro criterio se ensanchará por sí solo, como se dilata el horizonte cuando materialmente subimos, para que en nuestra admiración y en nuestro cariño quepan, sin confundirse ni desvirtuarse, todas las formas y todos los estilos, todos los matices y todos los géneros.

Nadie que no tenga una intransigencia igual y contraria a la que antes censuraba, puede negar el caudal inmenso de sensaciones refinadas, de impresiones exquisitas, de armonías insólitas y de peregrinas ideas con que los poetas y artistas modernos nos han sorprendido y deleitado, ya innovando audazmente, ya exhumando con veneración y respeto algo que la generación que nos ha precedido había injustamente despreciado; pero, por lo mismo que el movimiento de renovación que ahora se realiza tiene en parte un marcado carácter histórico—que es, a mi juicio, lo que le hace fecundo,—no debemos olvidar, ni mucho menos desdeñar sistemáticamente, nada de lo que ha sido,

si no queremos que los que en definitiva han de juzgarnos a todos nos acusen de ingratos ni de injustos.

Deleitemos nuestro espíritu de hombres modernos con lo exquisito, con lo refinado y hasta con lo enfermizo que los escritores contemporáneos nos ofrecen en la mayor parte de sus obras; pero no cerremos los oídos a todo acento vigoroso, ni desdeñemos el *os magna sonatorum*, aunque produzca en nosotros, acostumbrados al blando halago de la frivolidad y del discreto, la inquietud, sorpresa y desagrado que producen en los perezosos el toque de rebato o las notas de la diana.

Sepamos estimar de igual modo lo frívolo y lo serio, lo universal y lo particular, lo religioso y lo mundano; pero reconociendo que cada cosa tiene su lugar, su sazón y su importancia, porque si es digno de alabanza el poeta contemporáneo que dijo en una de sus poesías que quería escribir los madrigales dedicados a su amada en hojas de rosa, digno de alabanza es también el que,

con la firmeza y rotundidad del que entalla sus palabras en mármol o en bronce, dijo a los poetas de todos los tiempos, aleccionándolos con su ejemplo y con su palabra:

«¡Y si queréis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñís la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno también del universo sea!».



LA PROPIA ALABANZA



e cuenta que un ingenioso escritor, oyendo hablar de buenos negocios, dijo, refiriéndose a un personaje que tenía fama de vanidoso: «Aun sería mejor negocio comprar a Fulano en lo que vale y venderle en lo que él se estima.» Ignoro si en el caso citado sería esto una verdad, pero me atrevo a asegurar que no lo es en la mayoría de los casos. Los hombres suelen apreciarse en lo que valen; lo que hacen es fingir que tienen de sí propios una idea superior a la que realmente tienen, para que los demás los estimen, no en lo que valen, sino en lo que quisieran valer.

Como todo lo convertimos en mercancía, no es de extrañar que el valor en cambio se sobreponga al valor en uso, y que procuremos atraer al comprador y engañarle con exageradas alabanzas. Lo que sorprende a primera vista es que, mientras del verdadero comercio va desapareciendo el regateo, que, expulsado por el precio fijo de tiendas y almacenes, se refugia en ferias y mercados, entre gitanos y chalanos, no desaparezca del comercio social, en el que sigue practicándose con ventaja para los que venden, que, gracias a él, encarecen la mercancía, haciendo que el comprador pague un sobreprecio que remunere la habilidad y la elocuencia empleadas para persuadirle. Si así no fuera, si no viviésemos más para el público que para nosotros mismos, no se comprendería el alarde intempestivo que muchos hacen de sus méritos, puesto que ellos son los primeros en conocer que les faltan.

Decían los antiguos que *la propia alabanza envilece*, pero decían también que

quien no se alaba, de ruin se muere; y yo creo que no es difícil poner de acuerdo estas dos sentencias, al parecer contradictorias, observando que la propia alabanza no es mala por sí, y que lo que en ella hay de innoble y de odioso es la falta de sinceridad y de confianza en sí mismos que dejan entrever los que se jactan de sus méritos y cualidades, pues, cuando tenemos motivos para suponer que el elogio es sincero, no molesta ni humilla a los que le oyen, ni desacredita ni envilece al que se alaba.

Estuvo en Córdoba, años atrás, D. José Canalejas, y el famoso ex matador Rafael Guerra le saludó diciéndole:

—Don José, usted es el Guerra de la política.

Seguramente que el elogiado no oyó jamás alabanza que tanto le satisficiera, y que nadie atribuyó aquellas palabras a vanidad ni a *táctica*, porque, por muy modesto que sea el que las dijo, nadie puede dejar de reconocer que *él* sabe que ha sido

el mejor torero en su tiempo y quizá de todos los tiempos.

Cuando murió Pereda se celebró en el teatro Español una velada necrológica, en la que el inolvidable Menéndez Pelayo leyó unas cuartillas que empezaban así: «Yo no vengo aquí como orador, que no lo soy, ni como crítico, que tal vez lo sea...» ¿Podrá alguien dudar de la noble sinceridad de estas palabras, ni de la de aquellas en que Zorrilla recordaba sus triunfos y afirmaba la consciente satisfacción de su propia gloria? ¿Negará alguien que Castelar creía en sí mismo, cuando, al presentar a sus amigos a un elocuente orador sagrado, añadía, después de hacer de él un elogio tan entusiasta como merecido:

—No tiene más que un defecto.

—¿Cuál?—preguntaron todos.

—Que imita a Castelar.

Lo que es insoportable es la alabanza en que no cree el mismo que la hace, tanto que, no sólo cuando se alaba a sí propio, sino cuando alaba a otro, hiere y molesta.

Y ¿cómo se conoce—se me dirá—cuándo la alabanza es sincera y cuándo no? A esto respondo que la medida, la discreción y el tino son condiciones inseparables de la sinceridad; que la exageración, por el contrario, es prueba de falta de convencimiento, como el gran tamaño de las piedras preciosas suele ser argumento de que son falsas, y, por último, que la verdad tiene un acento inconfundible que no aciertan a fingir los que ahuecan la voz más de lo justo, y, por interés o vanidad, pasan los límites de la prudencia. Así, yo me atrevo a dudar de la completa sinceridad del ilustre orador antes citado, al escribir aquellas palabras: «¿Decísme, amigos míos, que América me escucha? Creílo un tiempo...» Y tampoco estoy muy seguro de que en su fuero interno se creyera émulo de *Lagartijo* aquel pobre *maleta* que, invitado por el maestro a *probar* unos caracoles, se atrevió a llamarle *compañero*.

La diferencia esencial que separa al

noble y auténtico Quijote de Cervantes del ridículo y apócrifo de Avellaneda, está en que el primero cree en sí mismo y el segundo no; por eso nos agradan sus arrogancias, que, al revés de las de su homónimo *tordesillesco*, salvan la distancia que separa lo ridículo de lo sublime, de modo inverso a como suele salvarse en la vida ordinaria, en la cual sólo nos aprecian de veras cuando podemos repartir oficios y beneficios, pues cuando no, nadie nos estima en dos ardites, aunque verdaderamente seamos de los de *la Tabla Redonda*.

La modestia es y debe ser en la mayoría de los casos más bien figura retórica, regla de prudencia y prueba de urbanidad y de cortesía, que verdadera virtud, pues si realmente nos conocemos, no hay para qué colocarnos en un lugar que no nos corresponde. Lo que ocurre es que los hombres—suponiendo que no pequen de tímidos ni de fatuos y que sepan juzgarse, aunque disimulen su juicio—se clasifican y encasillan por lo que son, y el público

los gradúa por lo que han conseguido. Así como en el Purgatorio de Dante las almas, ya redimidas y limpias de sus pecados, se elevan por sí mismas desde la cúspide del monte, sin que nadie las fuerce ni las anime, todos—o casi todos—sabemos cuándo podemos volar y cuándo no, y aunque a todos nos gusta subir, conocemos en el sentimiento que experimentamos al elevarnos, si subimos por nuestros méritos o porque los demás nos empujan desde abajo o tiran de nosotros desde arriba.

Hay una desproporción tan grande entre el premio y el mérito, cuando esto último ocurre, que sólo se consigue el equilibrio por el provecho material que la subida proporciona; es muy diferente ceñirse una coraza que ceñirse una espada: la primera, la puede llevar cualquiera; la segunda, sólo la esgrime el que tiene valor y destreza.

Tartarín, armado de todas armas, feroz y arrogante, se encuentra con un buen señor que lleva una gran cartera bajo el

brazo y que tiene aspecto de curial y maneras de hombre pacífico: este buen señor es el verdadero cazador de leones.

Nunca he admitido, ni por un momento, que haya embusteros que lleguen a creerse sus propias mentiras; lo que hay es mentirosos hábiles que saben graduar el efecto de lo que dicen, y que fingen mejor que los otros; éstos son los que sacan provecho y utilidad de sus embustes. Tampoco he admitido nunca que haya quien tome en serio las alabanzas propias ni las ajenas cuando no tienen fundamento racional; lo que hacen es engañar a los incautos con las primeras, y aceptar las segundas porque así les conviene para medrar. Es lo mismo que ocurre con la adulación, que a muchos complace, no porque la crean, sino porque es algo que imprime carácter, pues sólo se adula a los poderosos o a los que están en camino de serlo.

Hoy, en los negocios y en la vida, abusamos del crédito, y el que lo tiene, con fundamento o no, *gira por grandes canti-*

dades; pero, cuando la quiebra sobreviene, a todos alcanza, y entonces es el llanto y el *crujir de dientes*, y el formar cola para cambiar los billetes o retirar los fondos, dando a los aires el grito vergonzoso de *¡Sálvese quien pueda!*, que, más que anuncio de la catástrofe, es síntoma y efecto de una desorganización anterior, y de una falta completa de seriedad y de disciplina.

Quando, cansados de leer y escuchar las alabanzas y los *autobombos* que se prodigan nuestras eminencias de quince años, que no tienen, no ya fe, ni siquiera esperanza en sí mismos; cuando atruena nuestros oídos el aplauso inconsciente o productivo de los que, por moda o por interés, les hacen coro, nos consuela y nos entusiasma leer a solas la sincera y honda profesión de fe en sí mismos, hecha por aquellos que fueron verdaderamente grandes, y que no consiguiendo que los demás creyesen en ellos, lanzaron el *non omnis moriar* que todos los grandes de verdad han lanzado en una o en otra forma, y que siempre ha

repercutido, más tarde o más temprano, en el alma de alguien capaz de comprenderlos, sin necesidad de que los *guías* que solicitan la atención de los contemporáneos y de los venideros, se los muestren, como muestran y explican los monumentos de las grandes ciudades a los viajeros reclutados por la Agencia Cook, mientras se detiene ante ellos, en una parada de cuatro minutos, el ridículo anfiteatro con ruedas en que hacen sus instructivas y económicas excursiones.

Tenía fe en sí mismo, sin duda, aquel desdichado Abel, llamado por los matemáticos el Newton del Norte, cuando murió creyendo que con la memoria *traspapelada* por Cauchy se habían perdido para siempre su obra y su fama; creía en sí mismo aquel hondo y noble poeta valenciano, a quien hoy conocen pocos, pero a quien casi nadie conoció en su tiempo, aquel Vicente Wenceslao Querol, que en una carta a sus hermanas decía, lamentando su cautividad, y soñando en lo que hubiera podido ser de

haber seguido libremente el camino a que su vocación irresistible le llamaba:

«¡Victima del deber y atado al carro
Hoy de afanes terrenos, triste evoco
Como protesta indómita, aquel rayo
De luz que, de los cielos desprendido,
Bañaba aquí mi frente, cuando al santo
Amor de la divina poesía
Dí mi existencia entera en holocausto!»

Pero dudo mucho de que creyera en sí mismo aquel petulante D. Esteban Manuel de Villegas—que fué un modernista anticipado—y que tuvo la audacia de estampar en la portada de su libro un sol, como empresa y anuncio de su propósito, que no era otro que el de eclipsar a los más famosos poetas de su época, que es, como todo el mundo sabe, la de Lope, Góngora y Quevedo, para salir, en resumidas cuentas, con unos infortunados ensayos de renovación de la métrica clásica y unas imitaciones de Anacreonte, agradables cuando más, y que prueban que el Duque de Rivas fué más justo al llamarle insufrible en los versos mayores, que divino en los cortos;

ni creía tampoco en sí mismo el ya citado Avellaneda, que se jactaba, necia y arrogantemente, de quitar a Cervantes la ganancia de la venta de su libro... La venta de libros y de lo que no son libros, la simonía intelectual, que hace comercio y granjería de lo que debiera ser sagrado, es la que obliga a los hombres a prodigarse a sí mismos elogios y alabanzas en que no creen. En el pecado llevan la penitencia, pues dura poco su favor y su encumbramiento, y cuando caen es para siempre, y tienen que sufrir la desgracia del rico arruinado, que lucha y se afana en balde para mantenerse a la altura en que antes vivía, y carece de medios para alternar con los que tuvo por sus iguales.

Muchos van conociendo ya la verdad de lo que digo, y en vez de alabarse ellos mismos, establecen con varios amigos una sociedad de *bombos* mutuos.

LAS CASTAS

La antigua religión india, al dividir a los hombres en castas, asignó a cada una de ellas distinto origen, haciendo creer a los que las formaban que procedían de diversas partes del cuerpo de Brahama, para evitar que se mezclasen y confundiesen, y para que el sudra no aspirase a ser vaisya, ni el katria a ser bracmán.

En los tiempos modernos las castas, que en realidad subsisten, no son de origen divino, sino de origen humano, y como todos nos consideramos—y no sin razón—de igual procedencia, creemos posi-

ble ascender y pasar de una a otra sin mucho esfuerzo y sin mucho trabajo.

En los tiempos antiguos las diferencias profundas que existían entre los hombres se revelaban en la diversidad de trajes, distintivos, emblemas, tratamientos, títulos y prerrogativas; hoy pasa lo contrario, y las diferencias exteriores son las que engendran la desigualdad, de tal modo, que lo que era signo se ha convertido en causa.

Por eso, cuanto más se habla de igualdad y de fraternidad, mayor es el afán que mostramos todos en distinguirnos entre nuestros *hermanos*, pretendiendo allanar y destruir las barreras que se oponen a nuestro paso, pero procurando alzarlas y fortalecerlas cuando ya se han salvado, para que no puedan saltarlas los que vienen detrás.

Constantemente vemos que, con verdadera inquietud e impaciencia, los hombres inventamos distintivos de todas clases: lazos, cifras, escudos, cruces y cintas, que

podamos lucir nosotros, pero que no puedan lucir los demás; cosas que una vez conseguidas, nos dejan fríos y desilusionados, porque su importancia consiste en la envidia que despiertan y no en la satisfacción que proporcionan, siendo digno de notarse el fenómeno de que, los que para conseguirlas hemos molestado a todo el mundo, cuando las poseemos, fingimos despreciarlas y tenerlas en poco.

Es curioso ver cómo los literatos y los artistas se burlan de las Academias, a la vez que aspiran a entrar en ellas, y cómo los burgueses, que afectan despreciar a los aristócratas, tratan de conseguir títulos y grandezas, apenas tienen poder y valimiento para ello.

Habréis oído decir que los franceses conceden excesiva importancia a las condecoraciones, y habréis visto que muchos españoles que las tienen y que no se las ponen... en España, en cuanto cruzan el Bidasoa sacan sus insignias y se las colocan en la *boutonnière*, diciendo que lo

hacen porque en Francia se estiman mucho esas *tonterías*. La falta de sinceridad de los que hacen y dicen estas cosas es evidente, porque el que en realidad desprecia las condecoraciones, no las tiene, porque no las solicita... o no las acepta, si por una rarísima excepción se las conceden sin pedir las. Lo que ocurre es que en España tenemos miedo a las cuchufletas de nuestros compatriotas, cuya risa estúpida—*que es gran sandez cuando de leve causa procede*—es causa de que cometamos, por evitarla, torpezas e incorrecciones, dignas verdaderamente de la sátira y la burla de los discretos.

La lucha entablada y sostenida entre nuestras ideas de hombres modernos y nuestras aficiones de hombres antiguos, entre el sentimiento, las costumbres y la educación, que son elementos conservadores, y la inteligencia, la aspiración y el anhelo, que son elementos revolucionarios, hace que, mientras *empuñamos la piqueta demoledora*—frase que nos parece cursi y

que lo es,—miremos con cariño lo mismo que tratamos de destruir, y que, sustituyendo con la admiración artística lo que antes era respeto social o veneración religiosa, conservemos cuidadosamente los escudos labrados en la clave de un arco de la casa solariega de nuestros mayores, o las imágenes que decoraban los pórticos de nuestras catedrales.

Esto, que nadie se atreverá a censurar, porque es prueba de cultura y de delicadeza, es lo que origina ese incurable mal-estar, esa enfermedad hasta hoy desconocida, que sólo ataca a los refinados y a los inteligentes, que forman una de las castas modernas de que hablaba al principio, en la cual figuran, por derecho propio, los que aman la belleza sobre todas las cosas, que son pocos, a los cuales se agregan los que afectan amarla, que son muchos.

De un modo análogo se forman las demás castas en que hoy se dividen los hombres, y así como el emblema y el distintivo son señales seguras del afán de los

hombres por diferenciarse unos de otros, haciendo consistir estas diferencias en algo pequeño, convencional e insignificante, que a nada esencial responde, así también este afán se revela, cuando se trata de cosas más importantes, en las denominaciones que los hombres se aplican, creyendo que, por la virtud de las palabras, ascienden un escalón en la jerarquía social, y enaltecen su profesión o su oficio.

Así, por ejemplo, los que honradamente ganan el pan ejerciendo una de las artes manuales, se llaman a sí mismos *artistas*, en vez de *artesanos*, sin comprender que con este cambio de nombres, que ni el Diccionario ni el buen uso autorizan, lo que hacen es poner de manifiesto la inferioridad de las artes manuales respecto a las artes bellas, pues son los primeros en desdeñar la denominación que les corresponde.

Y lo mismo que ocurre con los nombres ocurre con los adjetivos, cuya significación va *embotándose* de día en día, a causa del

abuso que hacemos de ellos. La casta de los eximios, ilustres y eminentes va siendo cada vez mayor, y pronto, para que nos crean, habrá que agregar a estas palabras otra, que sea como su garantía, diciendo algo semejante a lo que decimos al hablar del piso en que vivimos: *segundo natural*, para que el que ha de visitarnos sepa que decimos la verdad, y que nuestra escalera no nos dejará por embusteros.

Resignémonos a ser lo que somos y contentémonos con nuestra suerte, esperando pacientemente qué llegue el día en que los abusos y la vanidad de que hablo se extiendan tanto, que pierdan por completo su valor y su eficacia, para que dejemos de engañarnos a nosotros mismos, creyendo que engañamos a los demás, y para que no procuremos conseguir la estimación ajena a costa de la propia.

LOS INTERMEDIARIOS



Si un hortelano quiere, como es natural, vender las legumbres que ha cultivado, no basta con que las lleve a la plaza de la Cebada y las dé al precio corriente en el mercado, es necesario que se entienda con un *asentador*; pues si no lo hace no venderá ni un espárrago, ni una alcachofa. Estos asentadores ejercen su industria en perjuicio del consumidor; no son de los intermediarios que aproximan y facilitan, sino de los que separan y dificultan.

La creciente complejidad de la vida moderna hace que cada día sea más larga

la serie de intermediarios inútiles, molestos y enojosos; ruedas transmisorias del movimiento, que complican la vida y debilitan la energía con rozamientos innecesarios, con menoscabo de la velocidad y de la fuerza; que encarecen los productos, poniéndolos fuera del alcance de los más, y que, al girar trabajosamente con desesperante lentitud y con destemplado rechimamiento, han creado una clase, no media, sino medianera, que es obstáculo a todo progreso y rémora para todo adelanto.

Siempre han existido hombres holgazanes y listos, que han vivido, o han procurado vivir, a expensas de los que trabajan y a costa de los que consumen; pero en los tiempos actuales su número se ha aumentado de tal modo, que constituyen un peligro y una amenaza.

El *absentismo* ha traído como consecuencia la plaga de los administradores, que, colocados entre el dueño y el colono, ejercen sobre éste una verdadera tiranía, cuya odiosidad tienen buen cuidado de

hacer recaer sobre el dueño, ejerciéndola como en su nombre y por su mandado. La complicación de los procedimientos judiciales ha impuesto la obligación de que el que reclama un derecho o es acusado de un delito, necesite valerse de un procurador que le represente y de un abogado que le defienda.

En los Ministerios, no a escondidas, sino públicamente, de modo tal que todo el mundo pueda enterarse, se lleva cuenta y razón de quiénes recomiendan la pronta tramitación de los expedientes y su resolución favorable, hasta el punto de que en algunos negociados hay un cuaderno, que yo he visto y todos pueden ver, donde se dice: *Recomendaciones para tal cosa*, y en cuyas hojas, escritas a dos columnas, figura el nombre de la persona influyente al lado del nombre del solicitante.

Como los intermediarios suelen ser incapaces de hacer nada por ellos mismos, perecerían irremisiblemente, si se vieran desposeídos de su oficio, y se defienden

con obstinación, más que por la fuerza, por la astucia, adulando a los grandes y no desesperando a los chicos, atribuyéndose, claro está, el mérito de cuanto se consigue, y echando al superior la culpa de las arbitrariedades y los fracasos.

En arte y en literatura el mal ha aumentado de tal modo que ha llegado a convertirse en plaga, porque si, generalmente, el intermediario de la plaza de la Cebada entiende de legumbres y de hortalizas, el editor y el librero de oficio suelen entender poco de literatura, y sólo juzgan *á posteriori* por el éxito de la obra, o mejor dicho, por lo que en el éxito hay de contante y sonante.

Y como esta clase de éxito depende, en la mayoría de los casos, más que de lo que el autor dice en su obra, de lo que dicen de ella y de él los que ejercen la sagrada misión de dar *bombos* al amigo y *palos* al enemigo; como cada vez es más alta la muralla y más profundo el foso que entre el autor y el público se interponen, la importancia, la fuerza y el poder de los inter-

mediarios son cada día mayores, y cada día también más difícil la lucha para el que, sincera y honradamente, confía en sus propias fuerzas, y se encuentra con que, en la mayoría de los casos, suele ser condenado sin ser oído.

Así como los que aspiran en los actuales momentos a representar un distrito en Cortes, en vez de dirigirse a los que han de hacerlos diputados con sus votos, y de procurar granjearse su estimación y captarse su confianza, procuran ser *encasillados* en Gobernación, ya *oficial* ya *oficiosamente*, o se dirigen a los Comités, Juntas o Directorios, cuando no pueden obtener el apoyo del Gobierno, los que buscan la fama y la notoriedad con sus obras, procuran conseguir las ventajas de ese otro encasillado artístico, literario o científico, que ha de darles, si no los votos verdad, las actas en que, sin protestas, enmiendas ni raspaduras, se consigne y se reconozca su triunfo de un modo fehaciente e incontestable.

Y así como todos decimos que fulano es diputado de la Nación española, aunque sólo lo sea por imposición de los gobernantes o de los caciques, o

«por haberle costado su dinero»,

así también el público, distraído e indiferente, llama poetas, artistas u hombres de ciencia a aquellos que presentan sus actas en debida forma, pues son muy pocos los que tienen la sinceridad que tuvo don Ramón de Campoamor, cuando habiéndole preguntado por donde salía diputado contestó:

—¡Por Romero Robledo!

Contribuye poderosamente a que el mal que lamento se extienda y se perpetúe, la audacia con que todos juzgamos y sentenciamos acerca de lo que no entendemos; que no hay que achacar sólo a los influyentes y poderosos la culpa de todos los males que padecemos. Así, por ejemplo, yo, sólo por fe, puedo admirar a un hombre como el Dr. Cajal, porque los trabajos a

que se dedica son completamente ajenos a mi profesión, a mis aficiones y a mis estudios, y, no mi respeto hacia el sabio, sino mi vanidad, es lo que me hace tenerle por un histólogo de primer orden, pues yo no sé bien lo que es histología. Pero, siguiendo la corriente, y de un modo maquinal y rutinario, repito y canto sus alabanzas, que él no necesita para ser ilustre y afamado, pero que, de un modo análogo, aunque más agradable, que las flechas disparadas de abajo arriba por los árabes en Covadonga, vuelven a caer sobre mí, rebotando en la roca impenetrable, porque no menos impenetrables que ella son para mí sus trabajos y descubrimientos. Mucho más honrado, más sincero y más conveniente sería que yo, y otros muchos, cuando oyésemos hablar del sabio, en vez de fundamentar nuestra admiración en el propio conocimiento, dijéramos que le creíamos merecedor de cuantos elogios se le tributasen, porque habíamos oído afirmar a personas inteligentes e imparciales que los

merecía, y que, juzgando por nosotros mismos, nos atrevíamos a asegurar que su talento era grande y extraordinario, porque en sus obras dedicadas al vulgo, tales como sus *Memorias*, sus discursos de asuntos generales y sus artículos literarios, daba de él pruebas elocuentes e inequívocas.

Si yo, y todos los que tienen mi profesión y mis conocimientos, dijese esto del Dr. Cajal, tal vez su reputación fuera menos ruidosa, pero la admiración hacia él sería más sincera, más profunda, más desinteresada y más consciente.

Además se conseguiría otra ventaja, pues los que me hubiesen oído alabar con discreción y sin petulancia al Dr. Cajal, cuando me oyesen enaltecer, por ejemplo, a Menéndez y Pelayo, cuya grandeza no podré abarcar, pero puedo vislumbrar al menos, porque sus obras tienen relación con mis conocimientos, comprenderían que mis elogios eran fundados, y mis palabras, no por mi saber, sino por mi sinceridad, llegarían a tener, o merecerían tener al-

guna autoridad y algún crédito entre los que no han visto jamás ni por el forro la *Historia de las ideas estéticas*, y se atreven a poner a su autor en los cuernos de la luna, sólo porque los periódicos citan con elogio su nombre y los títulos de sus obras.

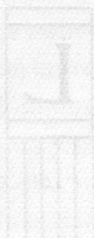
Así, en vez de ser un intermediario de los que separan, sería yo, y seríamos todos, de los que acercan y sirven de algo, y contribuiríamos a la difusión del saber y de la cultura, en la medida de nuestras fuerzas.

Ya comprendo que esto es difícil de conseguir, porque todos queremos desempeñar los primeros papeles en el teatro y en la vida, y no nos contentamos con cumplir nuestra misión, honrada y sinceramente, y porque todos creemos que si decimos la verdad vamos a perjudicarnos y a perder nuestro crédito y nuestra importancia, con lo cual demostramos que ni conocemos a los demás ni nos conocemos a nosotros mismos.

El saber, la riqueza, la juventud, el talento y las demás cualidades y excelencias que nos hacen preponderar y vencer, no pueden encubrirse cuando se poseen, ni contrahacerse cuando no se tienen o se han perdido, y aunque los intermediarios de todas clases nos guarden el secreto de nuestra inutilidad, y consigan con sus pomposas alabanzas que los tontos nos aplaudan y nos elogien, el tiempo, que todo lo descubre, se encarga de poner las cosas en su punto, haciendo de Gerardo Lobo, que fué considerado en su época como un gran poeta, un coplero, y convirtiendo a D. Juan Ruiz de Alarcón, cuya joroba hizo reir a sus contemporáneos y fué un obstáculo para sus triunfos, en un altísimo poeta.

Confiemos en nosotros mismos, tengamos menos vanidad, pero más amor propio, y realicemos nuestra obra, grande o pequeña, sin alardes y sin impaciencia, y en vez de mendigar el aplauso ruidoso, pero inconsciente, del público que se deja

arrastrar por los intermediarios, procuremos merecer la aprobación de los que saben, y atraer la atención de los que juzgan por sí, recordando y poniendo en práctica la máxima expresada en la antigua divisa: *No a quants, sino a quals.*



ORFEO

La fábula que nos presenta a Orfeo amansando las fieras con la dulzura de su canto, es la expresión más antigua y más completa de lo que debe ser la civilización: predominio de la razón sobre la fuerza, conseguido por la persuasión, pero no alcanzado por la violencia. Si hay, entre los pueblos modernos, alguno que pueda llamarse civilizado de este modo, y empleando la palabra en esta acepción noble y elevada, que es, en rigor, la única en que debe emplearse, ése tendrá derecho para acusar a los demás. Pero, mientras en la realidad, en

vez de la lira del cantor de Tracia, que sonaba blanda y amorosamente, siga predominando el hierro enrojecido del domador, que aterra y somete a las fieras, sin amansarlas, debemos contentarnos con esperar tiempos mejores, sin echarnos en cara unos a otros nuestra incultura ni nuestro atraso.

Existe una diferencia esencial entre el crecimiento de los seres orgánicos, que se verifica de dentro a fuera, y el de los minerales que se verifica de fuera a dentro; entre el progreso que se realiza en virtud de una idea fecunda, que lleva en sí la fuerza y la razón de su desenvolvimiento, y el que se consigue por yuxtaposición, imitando lo que está de moda, sin pararse en averiguar si es bueno, siguiendo las prácticas sin asimilarse las ideas, sin más lógica que la casualidad y sin más dirección que el acaso.

Nadie puede negar que de este último modo hemos realizado y conseguido todo aquello de que nos ufanamos, no sin motivo, pues al enorgullecernos tenemos en cuenta

más lo que nos ha costado que lo que vale. Pero, si pensamos seriamente y hablamos con sinceridad, tendremos que confesar que los hombres superiores de todos los países y de todos los tiempos han protestado contra el desacuerdo entre las ideas y los hechos de la humanidad, y han suspirado en vano por el advenimiento de la *soberanía racional*, cuyo imperio no se ha implantado jamás sobre la tierra. La inteligencia, para imponerse, no ha tratado de hacerse clara sino fuerte, y al dominar lo hace, para vergüenza de todos, no como tal inteligencia, sino como fuerza brutal y arrolladora.

Lo que hemos conseguido no puede compararse a la obra del escultor que cincela el bloque, sino al efecto del roce que desgasta y suaviza las asperezas, y hay que reconocer que, en vez de esculturas, hemos hechos cantos rodados. Además, todo lo que hemos conseguido, a fuerza de sangre y de trabajo, tiene cierto carácter provisional que lo desvirtúa: la fiera, amansada por la educación, por la dulzura, por el cariño,

por todo lo que el divino canto de Orfeo representa y simboliza, no vuelve a ser fiera; la domada y sometida por la fuerza y por el castigo, se acuerda alguna vez de que lo es, y despedaza y devora al domador más tarde o más temprano; todos lo sabemos, y no es extraño que el *dilettantismo* moderno espere paciente y sosegado el momento trágico, con la incansable tenacidad de aquel inglés que seguía a Mr. Bernabeau por todos los circos de Europa, para tener el gusto de verle destrozado por sus leones.

Este *dilettantismo* que convierte a los hombres en seres crueles, y que nos hace creer que somos espectadores del drama que nosotros mismos representamos, es una de las pruebas más terminantes de que eso que se llama pomposamente civilización tiene un vicio de origen. No hay nada, por terrible y sangriento que sea, que no se convierta en diversión o en entretenimiento. Los ilustrados y los cultos porque todo lo encuentran *curioso e interesante*, y los demás porque les agradan, sostienen todo gé-

nero de espectáculos crueles, que debían desaparecer por sí solos si fuéramos tan civilizados como pretendemos, o convierten en espectáculo lo que sólo debiera producir horror y lástima. Tan poca realidad tiene hoy la fábula de Orfeo, que, en vez de amansar las fieras procuramos excitar sus instintos y aumentar su acometividad y su bravura. Y mientras en España se introducen el boxeo y otras atrocidades por el estilo, nuestra fiesta nacional se hace europea, las muchedumbres en Francia aclaman al verdugo como un redentor, y los electores yanquis defienden a tiros a sus candidatos.

Digamos de una vez la verdad, y no confundamos la civilización con el salvajismo almidonado que en mayor o menor proporción disfrutamos en todos los pueblos de Europa y América, ni tratemos de convertir las diferencias pequeñas y superficiales en abismos profundos y en barreras infranqueables; júzguese a todos con igual criterio, y, mientras llegan tiempos mejores, guardémonos unos a otros el secreto de que

en el fondo de nuestra civilización no hay más que vanidad, farsa, injusticia y violencia; y a los que traten de afrentarnos diciéndonos que el Africa empieza en los Pirineos, contestémosles repitiendo la frase de Luis XIV: *¡Ya no hay Pirineos!*

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Introducción.	5
El privilegio y la exclusión.	17
El buque de madera.	31
Tico Brahe.	42
Anacronismo.. . . .	53
Adaptación.	60
Lo extraordinario.	68
El Rastro y el Museo.	76
Lo presente.	90
El segundo.	101
Vanidad.	112
El símbolo.	120
La verdad sospechosa.	128
El palimpsesto.	142
Lo irremediable.	153
Los poseedores poseídos.	163
El tecnicismo.	171
La rivalidad.	179
Los mirones.	186
Rehabilitación.	196
La propia alabanza.	204
Las castas.	216
Los intermediarios.	223
Orfeo.	234

ERRATAS

Pág.	Línea	Dice	Léase
15	16	Pigmalcón	Pigmalión
37	1 y 2	las — las	los — los
96	8	<i>wagon</i>	<i>wagon</i>
104	14	<i>del primero.»</i>	<i>de primero.»</i>
141	última	la verdad»	de la verdad»
143	3	nos han	nos ha
163	8	el rumor	rumor
167	penúltima	porque	porque,
169	13	vendiéndolo,	vendiéndole,
176	13	les	los

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PROMETEO.—POEMA, con una carta-prólogo de D. Emilio Ferrari.—Madrid, 1895.—*Una peseta.*

AVES DE PASO.—POESÍAS.—Prólogo de don Jacinto O. Picón.—Madrid, 1904.—*Agotada.*

CANCIONERO.—POESÍAS.—Biblioteca «Ateneo».—Madrid, 1909.—*Agotada.*

MUSA CASTELLANA.—POESÍAS.—Madrid, 1911.—*Dos pesetas.*

DE MI CERCADO.—POESÍAS.—Madrid, 1912.
Laureada por S. M. el Rey con el premio «Fastenrath» a propuesta de la Real Academia Española.—*Tres pesetas.*

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA TIPOGRAFÍA DE LA VIUDA DE MONTERO

EL DÍA 16 DE ENERO

DE MCMXV



3 PESETAS

MANUEL
DE
SANDOVAL



EL ABOGADO

DEL DIABLO

G 17102

STUDIUM